



**LA UTOPIA RACIAL DE FERNANDO GONZÁLEZ OCHOA**

**Requisito parcial para optar al título de**

**MAESTRÍA EN LITERATURA  
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES  
PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA  
2015**

**JÉSSICA ALEJANDRA BUITRAGO BASTIDAS**

**JUAN CRISTÓBAL CASTRO KERDEL (DIRECTOR)**

Yo, Jéssica Alejandra Buitrago, declaro que este trabajo de grado, elaborado como requisito parcial para obtener el título de Maestría en Literatura en la Facultad de Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Javeriana, es de mi entera autoría excepto en donde se indique lo contrario. Este documento no ha sido sometido para su calificación en ninguna otra institución académica.

Nombre Completo: Jéssica Alejandra Buitrago.

Fecha: 31 de julio de 2015

## DEDICATORIA

*A mis padres por haberme infundido, desde muy pequeña, el amor a la literatura, la cual se ha convertido en la compañía que más disfruto.*

*A mi esposo por su paciencia, sus consejos, su apoyo y por permitirme enseñarle el amor literario y escuchar una y otra vez mis dicotomías investigativas.*

*A todos los maestros que confiaron en mi trabajo, aquellos que marcaron cada etapa de mi camino y que me ayudaron en asesorías y dudas presentadas en la elaboración de la tesis. Especialmente, al profe Juan Cristóbal por su orientación, apoyo y credibilidad ante este proyecto.*

## Tabla de contenido

INTRODUCCIÓN .....	5
Capítulo I.....	15
Literatura, raza y eugenesia .....	15
Raza latinoamericana: una reconstrucción de su discurso .....	15
Nacionalizando la raza .....	29
Capítulo II .....	40
El saber racial en Fernando González.....	40
El blanco y su razón .....	42
“El Hombre Natural”.....	52
La impertinente pinta negra .....	58
Capítulo III.....	66
El superhombre racial de Fernando González Ochoa.....	66
Suramérica: horno para fundir las razas.....	66
El “Gran Mulato” .....	67
El Compadre Gómez.....	74
La utopía racial latinoamericana .....	79
CONCLUSIONES .....	87
BIBLIOGRAFÍA .....	91

## INTRODUCCIÓN

El origen del trabajo que se presenta a continuación se sitúa muy lejos de donde se inició este camino. La travesía partió del interés sobre cómo se construía el discurso identitario latinoamericano; la lectura de algunas obras escritas por Fernando González Ochoa, dio nuevos rumbos a mi deseo por explorar esta temática y contribuyó a definir parte de lo que es esta investigación.

Al acercarme y profundizar en la postura y el pensamiento del escritor Fernando González, inicié con la búsqueda de autores latinoamericanos y colombianos que habían dado aportes significativos a la construcción del discurso identitario y que tuvieran relación con ciertas tendencias raciales gonzalianas que se evidenciaban en sus obras. El recorrido me permitió concluir que el campo en el cual me estaba adentrando estaba compuesto de múltiples elementos y había uno que se manifestaba reiteradamente en distintas tonalidades y modulaciones: la raza.

Dicho tópico ha sido denominado por Marisol de la Cadena como “concepto fascinante”, debido a los sentimientos extremos que genera y por las múltiples acepciones que suscita; en palabras de la escritora: “Produce atracción irresistible, sentimientos superlativos por repulsión o por agrado. También engaña, porque aunque se exhibe como única, sus definiciones son muchas y su univocidad es una ilusión, resultado de políticas conceptuales que autorizan unas definiciones en detrimento de otras”. (De la Cadena, citada en Restrepo, 2012, 153).

Por lo tanto, se hace preciso aclarar que el concepto de *la raza* que iluminará esta investigación será el propuesto por Eduardo Restrepo en su libro *Intervenciones en teoría cultural* frente el cual afirma: “[...] la noción de raza supone la asociación necesaria entre ciertos rasgos corporales (como el color de la piel) que son concebidos como heredados biológicamente y unas características intelectuales y de comportamiento que se consideran irremediablemente derivadas.” (180)<sup>1</sup>. En este sentido, la raza es asumida desde una

---

<sup>1</sup> La noción de la raza de Restrepo se basa en los planteamientos propuestos por Stuart Hall, quien sostiene que “Ninguna identidad cultural es producida del aire sino que es producida de aquellas experiencias históricas, tradiciones culturales, de aquellos lenguajes perdidos y marginales, de aquellas experiencias marginalizadas, de aquellas gentes e historias que permanecen sin escribir. Estas son las raíces específicas de

concepción cultural, en donde los componentes biológicos no están desvinculados de la idiosincrasia (personalidad, intelecto, ideología) que conforman a los sujetos, dependiendo del contexto social e histórico en el cual surge, se transforma y se asume el discurso racial.

Desde este punto, empecé a orientar mi búsqueda sobre cómo se evidenciaba este elemento cultural en las obras de González y se encontraron pocos estudios sobre la construcción y caracterización desde la identidad latinoamericana, pues aún no se habían abierto los espacios para trabajar a profundidad en la configuración de la raza vista desde González, en una época donde ya existían otros discursos que aportaron significativamente a esta categoría.

De igual manera, junto a la noción raza se hace indispensable que surja un nuevo elemento, la noción de *Utopía*, concepto que intentaré desarrollar en el presente trabajo teniendo en cuenta que este se entiende como un “Plan, proyecto, doctrina o sistema optimista que aparece como irrealizable” (RAE, 2015). En este caso, se usará para enfatizar en aquellos proyectos de creación idealista de un ciudadano del futuro que pretendían surgir a principios del siglo XX y que se encuentran directamente vinculados con la propuesta racial de González. Otros autores han demostrado cómo algunas de las propuestas raciales de los latinoamericanos podrían clasificarse como utópicas. Así lo desarrolla el crítico Andreas Kurz en uno de sus ensayos publicados en la revista *Jornada Semanal* titulado *La raza cósmica: 85 años de utopía*<sup>2</sup>.

En consecuencia, surgió la idea de analizar dos obras del escritor Fernando González Ochoa, nacido en Envigado, Medellín, y creador de ensayos, novelas y poemas entre los años de 1916 y 1962. En varios estudios se destacó por el uso original de estilos literarios que lo llevaron a abarcar temas de sociología, historia, arte, moral, economía y epistemología, entre otros. Ha sido considerado por el crítico Ernesto Ochoa como “uno de los más vitales, polémicos y controvertidos escritores de su época” (1995, 2) Algunas de

---

la identidad. De otro lado, la identidad no es en sí misma su redescubrimiento sino lo que ella, como recurso cultural, permite producir a la gente. La identidad no se encuentra en el pasado por encontrar sino en el futuro por construir” (Hall, citado en Restrepo, 2012, 221).

<sup>2</sup> Kurz propone que el racismo de Vasconcelos reserva un lugar utópico a una elite mestiza, pues los negros y asiáticos no tendrán acceso a él, serán eliminados por la ciencia y los planteamientos eugenésicos. Desde este punto de referencia el autor realiza un análisis de *La Raza cósmica* desde los postulados planteados por Platón, Spengler y Popper.

sus obras fueron fuertemente criticadas, rechazadas, prohibidas y censuradas por las directas apreciaciones y los análisis que hacía sobre la sociedad de los 30's y 40's en la que vivió, pues creía que de esta manera podía contribuir con la búsqueda de la “egoencia”<sup>3</sup> y el ser realmente latinoamericano. Sin embargo, en esa época estas obras no tuvieron mayor valor y, por el contrario, generaron escepticismo e idolatrías. Fue designado como “El brujo de Otraparte” por su uso de lenguaje desnudo, crudo, fuerte y a veces contradictorio que le permitió vislumbrar su terrible preocupación por la falta de identidad y el “complejo de hijo de puta” de los suramericanos que los ha llevado a negar sus propias raíces y desear ser lo que no son.

Alberto Saldarriaga (citado en Villegas, 17) propone una clasificación de las obras publicadas de González en tres épocas, denominadas consecutivamente “poética”, “dura” y “mística”. En la primera reúne las obras que fueron influidas por el estilo nietzscheano (1916 *Pensamientos de un viejo*, 1919 *Una tesis* y 1929 *Viaje a pie*). En la época “dura” clasifica las creaciones centradas en el estudio de la personalidad humana guiado por Schopenhauer (1932 *Don Mirócleles*, 1933 *El hermafrodita dormido*, 1934 *Mi compadre*, 1940 *Santander*, 1941 *El maestro de escuela*, 1936 *Los Negroides*, 1935 *Cartas a Estanislao*). Finalmente, en la etapa “mística” caracterizó las obras que fueron influencia en la escuela jesuita de Ignacio de Loyola (1930 *Mi Simón Bolívar*, 1935 *El remordimiento*, 1959 *Libro de los Viajes y de las presencias*, y 1962 *La Tragicomedia del Padre Elías y Martina la Velera*). De este análisis, se puede evidenciar que las obras publicadas en la “época dura” fueron las que generaron mayor sensibilidad y rechazo entre la sociedad de Colombia y Europa, ya que fundaron fuertes juicios contras las manifestaciones políticas, sociales e ideológicas del momento histórico que se vivía: fascismo, develación de la real independencia, contraposición a los ideales eclesiásticos, revelación de la vida ambigua de Santander, exaltación de la vanidad en los latinoamericanos y crítica a la falta de egoencia para rescatar las raíces e identidad.

---

<sup>3</sup>“Es el hombre superador al que aspiramos, se caracteriza por el orgullo de sí, la originalidad y la desvergüenza. La egoencia es la afirmación de la libertad y de la vida del hombre 'embadurnado de goce'. Facultad de expresar con gran energía su personalidad.” (Ramírez, 1997, 70)

Su tiempo más activo de escritura fue desde 1929 hasta 1941, tiempo en el que escribe la gran mayoría de obras por las que es reconocido y estudiado. Dentro de ellas, se encuentran las dos obras que serán objeto de estudio en esta investigación: *El hermafrodita dormido* y *Mi compadre*, publicadas durante los años de 1933 y 1934 respectivamente. Las reflexiones sobre estas dos son pocas, en comparación con los estudios relacionados con sus otras obras (por ejemplo, *Los negroides*). Es preciso retomarlas por el valor que tienen a nivel estético, histórico y porque en ellas se evidencia claramente la construcción inicial del perfil Suramericano idealizado por González, personificado en uno de los dictadores más representativos de Venezuela. Por lo tanto, surge la necesidad de analizar el discurso y la postura de Fernando González Ochoa respecto a la configuración de la raza latinoamericana ante un discurso eugenésico en Colombia y los elementos que han influido en el porvenir suramericano.

Respecto a *El hermafrodita dormido* se puede mencionar que la considerado una novela-ensayo, ya que en la obra se puede evidenciar un diálogo constante entre la narración de una historia y la necesidad de exponer su punto de vista sobre la construcción de un individuo, que rescata la belleza Suramericana, a través de la crítica a la cultura occidental. El título proviene de su visita al Museo Nacional de Roma y su admiración hacia la escultura griega denominada “*El hermafrodita dormido*”, de la cual González manifiesta un asombro sobre aquella forma de arte que reúne la creación humana, unificando la belleza de la mujer y el hombre en un solo ente.

La obra se construye a partir de las notas de una libreta, pertenecientes a Lucas Ochoa y escritas en 1932. Éste es un personaje que aparece en distintas obras de Fernando González Ochoa (algunos afirman que tomó el nombre de su tatarabuelo) y representa las experiencias vividas y las formas de pensar de este escritor de Envigado. Al revisar en el tiempo, cronológicamente en 1932 González viaja con su familia a Italia para posesionarse como Cónsul General de Colombia en Génova tras haber sido nombrado el año anterior por el presidente Enrique Olaya Herrera.

Lucas Ochoa es el personaje sobre el cual se desarrolla el hilo narrativo argumentativo de la obra *El hermafrodita dormido*, y encarna la vida del escritor, a través de este personaje, González logra exteriorizar sus juicios, opiniones, formas de ver la

realidad y experiencias suscitadas durante la estadía en Europa, específicamente en Italia, durante la época del fascismo donde se encontraba liderando Benito Mussolini, transponiendo de esta manera su autorretrato a un personaje que le permite tener libre expresión, sin ningún tipo de censura. Durante su estadía, visita museos y cafés que le permiten comprender un poco más de esa subjetividad europea y la base que consolida toda la creencia del “querer ser” de los latinoamericanos; sin embargo, su libreta y sus continuas visitas a los cafés cercanos al parlamento italiano terminan siendo la causa de su expulsión como Cónsul y de Italia por conspiración contra el líder Mussolini.

*Mi compadre* es por su parte una biografía del viaje realizado a Venezuela y su visita al dictador Juan Vicente Gómez, personaje sobre el que se desarrolla la historia, en quien ve retoños del libertador y vislumbra la creación de un nuevo ser humano producto de la mezcla de razas, denominado el gran mulato. El título expresa la relación que se estableció entre Fernando González Ochoa y Juan Vicente Gómez (protagonista del relato), quien se convierte en el padrino bautismal del último de los hijos de González, Simón, quien a su vez se convirtió en el creador de la Corporación Otraparte<sup>4</sup>. De ahí el uso del determinante “MI” que implica posesión del sustantivo que le sigue.

La obra se construye nuevamente a partir de notas de libreta, tomadas entre septiembre de 1931 y enero de 1932. Allí se realiza un recorrido por la historia política de Venezuela, tomando como centro tres grandes gobiernos dirigidos por José Antonio Páez, Antonio Guzmán Blanco y Juan Vicente Gómez, y las influencias de sus decisiones en los aspectos económicos, sociales y culturales del país. Así mismo, a modo de retrato, González enfatiza con su relato en la vida y obra de Gómez, constituyéndolo en el hombre de la mezcla adecuada entre el blanco, el indio y el negro, transformándose en aquel personaje que representaría la raza suramericana.

---

<sup>4</sup> “La Corporación Fernando González –Otraparte fue creada el 10 de abril de 2002 por iniciativa de Simón González Restrepo, hijo menor del maestro. Los objetivos principales de la entidad son difundir y preservar el legado del escritor Fernando González Ochoa, convertir la Casa Museo Otraparte en un centro cultural con proyección internacional y preservar el área como parque y jardín para beneficio de la comunidad y la protección del medio ambiente. De esta manera, el proyecto Parque Cultural Otraparte surge como un clamor para que Colombia se reencuentre de una vez por todas con el mensaje y la filosofía de Fernando González, tan inédito todavía, tan desconocido todavía, pero siempre tan inquietante y provocador, porque en Otraparte late y habita, y no se apaga ni extingue, el corazón del pensador envigadeño”. (Sitio web: <http://www.otraparte.org/corporacion/historia.html>)

Desde el inicio, en el prólogo realizado por José Mario Velasco Ibarra, se explica que ser biógrafo es una tarea bastante delicada, ya que no es solo reproducir una realidad sino comprenderla. Por esto González acepta su reto y decide ir a Venezuela a palpar, presenciar y vivir la vida venezolana de Gómez para poder plasmarla con fidelidad. En este sentido, la literatura con sus funciones multifacéticas, juega un papel estético en esta investigación, pues nos permite aproximarnos al conocimiento de ciertas realidades representadas, exteriorizadas o metafóricas por medio del lenguaje. En este caso, se configura como una forma de conocimiento que muestra un imaginario racial y permite identificar, interpretar y reflexionar sobre los elementos que conforman la noción de raza, a través del uso alegórico y metafórico de la palabra, los rastros en la caracterización de los personajes, la personificación de los espacios donde se desarrollan los relatos y los tiempos en los que suceden los acontecimientos, logrando visibilizar el discurso identitario racial de la época, instaurado en las obras de González.

Es importante rescatar que las dos obras no son estudiadas como textos aislados, sino que éstas mantienen una continua respuesta condicionada a factores propios del campo literario, social, cultural, económico y político de su momento. En este caso, las ubicamos en las primeras décadas del siglo XX, época donde surgen variados discursos que aportan a la construcción de la identidad latinoamericana y por ende al discurso racial dentro de este campo es necesario rescatar algunos autores como Simón Bolívar, Domingo Sarmiento, José Martí, José Enrique Rodó, José Vasconcelos y Vallenilla Lanz, quienes evidenciaron ciertas tendencias biológicas, culturales y estéticas que contribuyeron a pensar la formación de un nuevo sujeto latinoamericano. Formación que evidencia un fuerte componente utópico que abarca perspectivas que buscaban la inclusión de lo propio, el rechazo de los factores exógenos, la liberación de las formas de enajenación, la unión de las naciones o una visión de la raza como un problema biológico; esta última tendencia creó las nociones de superioridad y mejoramiento racial.

No obstante, es primordial conocer el momento histórico colombiano, donde prevaleció el discurso eugenésico, el cual tuvo gran influencia en la configuración racial de González, siendo su primer acercamiento la lectura de ciertos teóricos como Luis López de Mesa y Libardo López, autores que pertenecían al grupo de investigadores representativos

en la construcción del sujeto racial colombiano con la intención de superar las taras que tenían las razas. Así mismo, es posible mencionar a otros como Miguel Jiménez López, Alfonso Castro y Laurentino Muñoz, quienes apostaban por la educación o las leyes de inmigración para superar la inferioridad de las razas existentes.

Por su propósito, el trabajo tiene afinidades con algunos conceptos propuestos por Mijail Bajtin y John Greville Agard Pocock (citado como J. G. A. Pocock) que serán claves para elaborar el análisis del discurso racial, específicamente en las primeras décadas del siglo XX, siendo éste aplicado a las obras literarias seleccionadas del escritor Fernando González Ochoa, con el fin de conocer las características que definen y constituyen la utopía racial del sujeto suramericano.

J. G. A. Pocock establece como elementos propios del análisis discursivo la intención del autor y el contexto, determinados como dos aspectos que cumplen una función primordial de comprensión semántica del texto.

Para Pocock, “Tenemos el texto del autor, un artefacto cultural inscripto con cierta finalidad al situarlo en los contextos suministrados por el lenguaje y la experiencia del autor [...] podemos estimar su intención y desempeño, sus movidas e innovaciones tal como se planteaban en ese momento, y exponer que “había hecho” hasta este punto” (2001, 159). Por lo tanto, *el autor* se presenta con una triple función, por un lado, como un expropiador que toma el lenguaje de otros y lo utiliza para sus propios fines; como un innovador porque genera cambios momentáneos o duraderos en el lenguaje que usa y, finalmente, como un enunciador, quien impulsa a otros a responderle en algún sentido, ya sea a través de la atribución de consecuencias, implicaciones o vinculaciones que él no había previsto generando modificaciones o continuidades de sus convenciones discursivas.

Es por esto que la propuesta de Pocock está enmarcada en la recuperación de las intenciones<sup>5</sup> y del lenguaje del *autor*. Sin embargo, argumenta que no es posible estudiarlos fuera de su contexto histórico pues “cada contexto del lenguaje indica un contexto político,

---

<sup>5</sup> Pocock explica que “El autor reside en un mundo históricamente dado que solo puede aprehenderse de las maneras que pone a su disposición una serie de lenguajes históricamente dados; los modos del discurso que le son accesibles les dan las intenciones que puede tener, al proporcionarles los medios con que puede contar para llevarlas a cabo” (148)

social e histórico dentro del cual él mismo se sitúa” (155) es así como cada lenguaje prescribe el contexto en el que se le debe estudiar.

Por lo tanto, sugiere implementar una serie de procedimientos para evitar caer en la generación de confusiones o utopías de lo que pudo haber hecho el autor. Pocock presupone que es importante sensibilizarse ante la presencia de distintos dialectos, familiarizarse no solo con lo que se lee, sino con los documentos propios de la época para contextualizar, comprender y sustentar las hipótesis sobre el lenguaje que usan los autores con el propósito de interpretar los discursos que existían en ese momento histórico y así descubrir el accionar de él y de otros autores.

Definitivamente, el aporte primordial que brinda Pocock al análisis del discurso es el énfasis que se le otorga a la intención del autor y el estudiar a éste desde su contexto. Específicamente es importante resaltar que estas categorías me interesan trabajarlas desde una perspectiva que permita identificar las distintas influencias de los aspectos sociales, culturales y raciales de la época que llevó a Fernando González Ochoa a conformar su discurso identitario en ese momento. Igualmente, facilitará la interpretación y comprensión de las formulaciones discursivas presentes en la modernidad sobre el discurso racial que afectaron y permearon el discurso y la postura que fue asumida por González para aproximarnos a su pensamiento y concepción de la raza latinoamericana.

Sin embargo, es necesario incluir algunas orientaciones y directrices para analizar no solo el autor y su contexto, sino hacer un mayor énfasis en el análisis propiamente dicho del enunciado, aporte dado desde la idea de Mijail Bajtín. El crítico propone un análisis del discurso basado en el enunciado como unidad de la comunicación discursiva, estableciendo con máxima categoría el discurso dialógico, basado en el análisis y la definición del estilo y la composición de un enunciado. De igual manera su propuesta plantea que “Todo enunciado es un eslabón en la cadena de la comunicación discursiva, viene a ser una postura activa del hablante dentro de una u otra esfera de objetos y sentidos”( 274), proceso comunicativo en el que interviene una intención, un sujeto discursivo y un oyente dentro del campo de comunicación. El oyente, quien no cumple un papel pasivo sino activo, responde por medio de una reacción, ya sea una acción, una postura o cualquier forma de contestación relacionada con el enunciado emitido. Para este autor, este proceso está

caracterizado por la expresividad de un enunciado que “contesta, es decir, expresa la actitud del hablante hacia los enunciados ajenos y no únicamente hacia el objeto de propio enunciado” ( 282). “Es así como la comprensión de éste implica un proceso en el que otros enunciados entran en contacto y lo confrontan. Éste siempre debe ser analizado como respuesta a otros emitidos con anterioridad que refutan, confirman, complementan, toman una posición determinada y reaccionan hacia otros enunciados ajenos a la esfera determinada de la comunicación discursiva. Por lo tanto, no surgen aislados, ni indiferentes, ya que están llenos de ecos y reflejos de otros enunciados (enunciados ajenos)” (283).

La fundamentación brindada por Bajtín permitirá detallar dentro de la cadena de enunciados del campo discursivo identitario, la manera como se conformó y se desarrolló la experiencia discursiva del escritor Fernando González Ochoa. En ese sentido, será de gran importancia identificar las formas de interacción, citación, imitación, lucha o relación con enunciados individuales ajenos que influyeron y constituyeron su posición, postura y pensamiento sobre la identidad suramericana, haciendo un especial énfasis en la constitución del concepto de raza. Así mismo, se intentará visibilizar cómo los enunciados dados, en las obras literarias seleccionadas, son conformados como respuestas y formas de expresión de la actitud valorativa de González respecto al discurso racial latinoamericano en la modernidad.

Esta aproximación metodológica da como producto la construcción de un proyecto estructurado en tres capítulos. En el primero, “Literatura, raza y eugenesia”, se presenta un recorrido sobre las posturas de diferentes autores que han brindado aportes entorno al discurso identitario y específicamente en cuanto a la construcción de raza. Esta recopilación tiene como fin contextualizar y evidenciar cómo el proceso de identidad en América Latina se ha ido construyendo a partir de la influencia de elementos internos y externos, implantados en los distintos contextos culturales, sociales e ideológicos. Así mismo, se analizan los elementos que han conformado el concepto de raza, específicamente en Colombia durante las primeras décadas del siglo XX, con el propósito de posicionar en un contexto y en un discurso específico, las obras seleccionadas para el estudio.

El segundo capítulo “El saber racial en Fernando González”, es el resultado de la mirada al tema de la constitución de la raza en las novelas seleccionadas, construyendo una

cartografía a partir de la cual el autor lee culturalmente el país desde el saber racial. El capítulo se detiene en los elementos que Fernando González exalta de cada una de las razas; en este caso del blanco reconoce la racionalidad y el acercamiento a Dios a través de la razón; del indio valora el conocimiento “connatural” ligado a la habituación al medio, el saber sobre la naturaleza y la aceptación de las pasiones; finalmente, del negro enaltece la “impertinencia” en términos de resistencia y adaptabilidad de la pinta negra ante el discurso racial. Estos elementos se evidenciarán como síntesis de la construcción de la utopía racial que otorga ciertos grados de superioridad o inferioridad a la influencia y acción de cada una de las razas.

Finalmente, en el tercer capítulo, “El superhombre racial de Fernando González”, se analiza la propuesta del perfil racial hecho por González, enmarcado en el gran mulato, a partir de la vivencia de los protagonistas de las obras, específicamente de Juan Vicente Gómez. A la vez se hacen breves referencias de producciones culturales de la época que permitirán comprender los imaginarios de la identidad y de la construcción de una mejor raza, constituyendo así a un individuo racial utópico que rescata la belleza suramericana, recupera las raíces y revalúa el proyecto moderno europeo instaurado y asimilado a principios del siglo XX.

# CAPÍTULO I

## LITERATURA, RAZA Y EUGENESIA

### **Raza latinoamericana: una reconstrucción de su discurso**

La raza se ha establecido como un elemento crucial en la constitución de la identidad latinoamericana. Este concepto no sólo ha abarcado los niveles culturales sino también ha influido y ha sido determinante en el progreso o involución de los aspectos políticos, sociales y económicos de un país, generando visiones y propósitos distintos de la educación, la religión, la racionalidad, la enfermedad, la prostitución, la higienización, entre otros.

Al buscar en distintas fuentes de información sobre *la raza*, se puede evidenciar dos perspectivas extremas: una biológica y otra netamente cultural. La primera de ellas se refiere a los grupos en que se subdividen algunas especies a partir de unas características transmitidas por herencia, en donde la importancia radica en el color de piel y la inmanencia que éste trae en la consolidación de la relaciones con los otros y su entorno. La segunda, alejándose de la determinación fisiológica, rescata la raza como el conjunto de costumbres, tradiciones, historias, formas de pensar y actuar que diferencian a un grupo humano de otro. Otras posturas se mueven dentro de las dos tendencias mencionadas anteriormente.

El discurso racial latinoamericano surgió, precisamente, frente a la necesidad de crear un “concepto” que incluyera la formación de un habitante nuevo, diferente al español, que se desarrollara dentro del espacio americano y aportara una base fundamental para la construcción del porvenir de América Latina. Desde la época de la colonización ya habían surgido distintas visiones sobre la constitución de la raza latinoamericana que enfatizaba una continua búsqueda de la autenticidad y de la originalidad latinas. En un principio, las propuestas rescataron al indio y toda su sabiduría sobre la naturaleza; sin embargo, otras lo propusieron como un elemento de atraso y caos para la sociedad, mostrando cierta admiración por la raza blanca española y su influencia en la construcción de civilización.

Así mismo, surgieron quienes rechazaron esta idea y pusieron énfasis en la reunión de las razas como única forma de generar una superior con lo mejor de cada una. Finalmente, es importante rescatar que en este proceso se observaron saltos y contrastes entre las concepciones raciales, desde las que esencializaban el color de piel hasta perspectivas más culturales y sociales, que le otorgaban a la raza un espíritu o un alma con características que les permitían afrontar el momento histórico en que se vivía.

En los siguientes párrafos se pretende realizar un recorrido para hacer un somero repaso sobre las reflexiones existentes de distintos autores sobre la raza en América Latina, con el fin de contextualizar y evidenciar cómo el discurso racial se ha ido construyendo a partir de la influencia de elementos internos y externos implantados en los distintos contextos culturales, sociales, económicos, ideológicos y religiosos. Así mismo, se intentará vincular las distintas propuestas, identificando los aportes que se dieron a la idea de mestizaje, al sincretismo cultural y a la construcción actual de raza para analizar posteriormente cómo se insertan estas tradiciones y posturas en las obras de Fernando González Ochoa.

El debate sobre este tema se inició desde antes de la independencia y son varios los autores que han hecho aportes significativos a los elementos, a las características y el desarrollo del discurso racial. En este recorrido se profundizará en las propuestas de Simón Bolívar, el argentino Domingo Faustino Sarmiento, el cubano José Julián Martí, el uruguayo José Enrique Rodó, el mexicano José María Vasconcelos y el venezolano Laureano Vallenilla Lanz.

Simón Bolívar, con “La carta de Jamaica”, propone una concepción de raza basada en el imaginario de la construcción de una América original, libre de imitaciones, con un sistema de gobierno que nazca del país mismo, dejando a un lado la importación de ideas e instituciones ajenas y extranjeras, convirtiendo así en “la más grande nación del mundo llena de libertad y gloria”(10). Sin embargo, para lograrlo era necesario transformar a los moradores pasivos de la nación, con existencia política nula, en un pueblo que ame su independencia y que no permita la privación de sus derechos. En consecuencia, propone destituir el discurso español y promover la esperanza bolivariana de lograr que las

provincias americanas se unan, luchen por emanciparse, superen las trabas para entenderse y formen así una sola nación:

Yo diré a usted lo que puede ponernos en aptitud de expulsar a los españoles, y de fundar un gobierno libre. Es la *unión*, ciertamente; mas esta unión no nos vendrá por prodigios divinos, sino por efectos sensibles y esfuerzos bien dirigidos. América está encontrada entre sí, porque se halla abandonada de todas las naciones, aislada en medio del universo, sin relaciones diplomáticas ni auxilios militares y combatida por España que posee más elementos para la guerra, que cuantos furtivamente podemos adquirir. (15)

Por lo tanto, la regeneración del pueblo solo se lograría a través de la asociación de las partes con el todo, permitiendo fortalecer y cultivar las virtudes y los talentos de cada habitante, conducir la constitución de un país de gloria que anhele la felicidad, la cual solo se alcanza en las sociedades basadas en justicia, libertad e igualdad. Aunque este ideal de conformar la gran nación se va a encontrar en conflicto, ya que los distintos pueblos de la América se encontraban aislados, defendiendo sus propias tendencias morales, culturales y sociales.

Posteriormente, Bolívar introduce una reflexión clave para hablar de los moradores que habitaban en estas tierras americanas:

... mas nosotros, que apenas conservamos vestigios de lo que en otro tiempo fue, y que por otra parte no somos indios, ni europeos, sino una especie mezcla entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles; en suma, siendo nosotros americanos por nacimiento, y nuestros derechos los de Europa tenemos que disputar a éstos a los del país, y que mantenernos en él contra la invasión de los invasores. (6)

A partir de lo anterior, es posible identificar a unos habitantes americanos que no pertenecen al español o al aborigen, constituyendo a un nuevo hombre mestizo. Un hombre constituido con elementos de los indios y de los europeos, sin ser propiamente unos ni otros. América se encuentra poblada por una mezcla entre pobladores legítimos y usurpadores; los últimos intentan con fiereza, ambición y codicia doblegar las costumbres, tradiciones, lenguas y religiones de los primeros a sus intereses y a su cultura. Es por esto que los legítimos compatriotas deben adquirir talentos políticos, ya que se ha comprobado

que las instituciones implantadas no son adecuadas al carácter de la cultura latinoamericana.

Sin embargo, esta noción del nuevo hombre de Bolívar para algunos autores es utilizada para hablar de mestizaje, es decir, del encuentro biológico y cultural de diferentes razas que al mezclarse originan nuevos fenotipos. No obstante, en la presente tesis, también se podría pensar como una suerte de transculturación<sup>6</sup>, pues los indios y españoles pierden mutuamente componentes de su cultura, redescubren otros, los seleccionan e incorporan a nuevos fenómenos culturales en la conformación de su identidad. Es así como no solo los indios mantienen vestigios de lo que fueron, sino también los españoles adquieren nuevas formas culturales, sociales y económicas que influyen y conforman a este nuevo mestizo que ya no es español.

En 1845, en plena exposición de la dictadura de Juan Manuel Rosas en Argentina, Domingo Faustino Sarmiento en su libro *Facundo. Civilización y barbarie*, destaca lo siguiente: “El pueblo que habita estas extensas comarcas, se compone de dos razas diversas que, mezclándose, forman medios tintes imperceptibles, españoles e indígenas” (1999, 27). Sarmiento propone la consolidación de una raza basada en la admiración e imitación del modelo ajeno y el desprecio hacia las manifestaciones propias de su continente, otorgándoles a los europeos cualidades propias del progreso y por lo tanto de civilización: industrialización, trabajo, dinero, educación y orden; mientras que al indígena, y propiamente al gaucho, los denota con cualidades negativas enmarcadas en lo primitivo y bárbaro: ociosidad, desorden, desaseo, pobreza, características que no han facilitado el progreso y el desarrollo industrial del país.

Este autor nacionaliza esta propuesta sugiriendo implementar una sociedad argentina con características europeas, es decir, industrial, organizada, constituida en una ciudad donde haya leyes, educación y un gobierno que permita al país en general salir de lo primitivo para lograr los beneficios de la civilización. Así lo ejemplifica con dos culturas

---

<sup>6</sup> Término usado por Fernando Ortiz en su libro *Contrapunteo cubano del tabaco y del azúcar*, y posteriormente por Ángel Rama en su libro *Transculturación narrativa en América Latina* para referenciar el proceso real que pasaban las culturas: pérdida de componentes obsoletos, selecciones, redescubrimientos, incorporaciones procedentes de la cultura externa, recomposición gracias a los elementos que sobrevivieron de la cultura originaria y la de afuera para la creación de nuevos elementos. También contempla varias acepciones; sin embargo, deseo verlo sin ningún “telos”, sino como algo continuo y con tensión.

dentro de la República Argentina, la colonia alemana o escocesa del sur de Buenos Aires y la villa que se forma en el interior:

[...] en la primera, las casitas son pintadas; el frente de la casa, siempre aseado pero completo; la vajilla, de cobre o estaño, reluciente siempre; la cama, con cortinillas graciosas, y los habitantes, en un movimiento y acción continuos. Ordeñando vacas, fabricando mantequillas y quesos, han logrado algunas familias hacer fortunas colosales y retirarse a la ciudad, a gozar de las comodidades.

La villa nacional es el reverso indigno de esta medalla: niños sucios y cubiertos de harapos viven en una jauría de perros; hombres tendidos por el suelo, en la más completa inacción; el desaseo y la pobreza por todas partes; una mesita y petacas por todo amueblado; ranchos miserables por habitación, y un aspecto general de barbarie y de incuria los hacen notables.

(28)

Así mismo, afirma que las razas americanas son incapaces de dedicarse a un trabajo duro y seguido, ya que aman la ociosidad, y la única manera para lograr avanzar hacia el progreso es con la inmigración europea para insertar virtudes de trabajo, hábitos, vestido, educación y gobierno. Virtudes propias que permitirán desarrollar una civilización basada en el progreso cultural, la industrialización del continente y la superación de la barbarie.

Sin embargo, a pesar de su poca credibilidad en el habitante americano, rescata en América Latina a los argentinos por la “alta conciencia de su valer como nación” (36), pues siempre se han distinguido por enorgullecerse de lo que son y de lo que pueden hacer, tendiendo a la arrogancia y vanidad, elementos muy criticados por el resto de pueblos latinoamericanos. Así mismo destaca los talentos y la facilidad del gaucho para la poesía y la música, ya que a pesar de ser civilizados o ignorantes tienen habilidad para expresar sus idealizaciones morales, religiosas, culturales y sociales a través de estas dos formas artísticas. Por otro lado, a pesar de su deseo por imitar la cultura europea, manifiesta su inconformidad con la poca habilidad de los españoles para manejar la canalización, exploración y uso de las vías de navegación, elemento que ha sido trascendental y esencial en el desarrollo, progreso y civilización de norteamericana.

Por su parte, en 1891 José Martí escribe “Nuestra América”, que nace en un contexto histórico en el que la independencia de Latinoamérica se encontraba amenazada por la potencia norteamericana. Así mismo, aprovecha para responder a Sarmiento proponiendo otra manera de ver la raza. El autor pretende pensar la raza en términos nacionales considerando que se debe transgredir el ámbito de la imitación Europea y otorgarle un mayor valor al “hombre natural” o al “mestizo autóctono”, que conoce sus raíces y su país y desde allí actúa, venciendo a “letrados artificiales”, a hombres no naturales que desean gobernar con leyes extranjeras e imponer instituciones ajenas a las necesidades del país; superando así las falsas dicotomías entre civilización y barbarie y proponiendo nuevos modelos que sirvan y den respuesta a los intereses americanos, adentrándose así en el espacio de la creación, virtud propia de la juventud, a quienes envía un mensaje: “Los jóvenes de América se ponen la camisa al codo, hunden las manos en la masa, y la levantan con la levadura del sudor. Entienden que se imita demasiado, y que la salvación está en crear. Crear es la palabra de pase de esta generación. El vino, de plátano; y si sale agrio, ¡es nuestro vino!” (137).

Crear es analizar al pueblo, acomodarse a los elementos naturales y gobernar desde ellos, desde el conocimiento de su tierra, de sus orígenes y desde sus necesidades ¿por qué imitar modelos extranjeros si se pueden crear los propios? Martí lo afirma mencionando lo siguiente:

A lo que es, allí donde se gobierna, hay que atender para gobernar bien; y, el buen gobernante en América no es el que sabe cómo se gobierna el alemán o el francés, sino el que sabe con qué elementos está hecho su país, y cómo puede ir guiándolos en junto, para llegar, por métodos e instituciones nacidas del país mismo a aquel estado apetecible donde cada hombre se conoce y ejerce, y disfrutan todos de la abundancia que la Naturaleza puso para todos en el pueblo que fecundan con su trabajo y defienden con sus vidas.... (134)

Además, crear se convierte en la esperanza del discurso racial que desprecia los modelos europeos y rechaza a los que los siguen, porque “los que no tienen fe en su tierra son hombres de siete meses”, que se avergüenzan de su origen, de sus costumbres, tradiciones, hábitos, de su familia y encuentran como única y digna respuesta la copia europea: “[...] ¡Estos hijos de carpintero, que se avergüenzan de que su padre sea

carpintero! ¡Estos nacidos en América, que se avergüenzan, porque llevan delantal indio, de la madre que los crió,...” (134)

Finalmente, a partir de esa visión nacional de la raza, Martí descubre a América como una mezcla de razas, en la cual defiende y rescata al indio, ya que asegura que éste hace parte de la identidad de la nación e invita a volver sobre las raíces, sobre el valor del origen racial y social, pues “el alma emana, igual y eterna, de los cuerpos diversos en forma y en color. Peca contra la Humanidad el que fomente y propague la oposición y el odio de las razas” (139). No obstante, en su construcción identitaria, cita o referencia elementos de prejuicio racial a inmigrantes norteamericanos en varias de sus crónicas (Ver *Martí, la justicia infinita* de Francisco Morán.)

El autor esencializa la raza dándole un valor especial al alma, proponiendo a los pueblos americanos una revisión y un conocimiento de sí mismos para poder unirse en pro de una sola misión: la unión de los pueblos latinoamericanos. Su propuesta, muy cercana a la de Bolívar, plantea la unión de las naciones que comparten el ideal de defender a América, como pueblos que pertenecen a una sola tierra, pero desde los elementos particulares que las constituyen: conocerse, confrontarse y desarrollarse como nación.

De otra manera, en 1900 José Enrique Rodó, en “Ariel”, ve la raza latinoamericana, apartándose de una visión racial y otorgándole un mayor valor a la cultura desde una perspectiva estética, que surge en Uruguay en tiempos de penetración de la cultura norteamericana. Reconoce a la raza latina como poseedora de una espiritualidad capaz de oponerse efectivamente a los rasgos utilitaristas de la industrialización, por medio de la vivencia de la racionalidad, la juventud y la belleza, pues considera que “Aun dentro de la esclavitud material hay la posibilidad de salvar la libertad del interior: la de la razón y el sentimiento. No tratéis, pues, de justificar, por la absorción del trabajo o el combate, la esclavitud de vuestro espíritu” (13).

Su esperanza se encuentra entregada a la juventud intelectual de la nación, que enaltece el espíritu y evita a toda costa ser guiados por los intereses materiales, mientras que fortalecen su grandeza moral a través de la práctica del arte y del desarrollo del sentido de “lo bello” como una de las virtudes que hacen grandes a los pueblos y mejores a los

individuos. Al igual que Martí, reconoce que la juventud es la encargada de formar la concepción del nuevo hombre; sin embargo, Rodó manifiesta que ésta debe ser el aspecto fundamental del alma de los individuos y de las sociedades para lograr conformar una noción de raza enmarcada en las características de un espíritu juvenil, a quien el autor otorga características relacionadas con luz, amor, energía, fecundidad, fuerza, iniciativa audaz, genialidad innovadora y dominio del porvenir.

Así mismo junto a la juventud y a la racionalidad, propone como cualidad propia de la raza, la belleza, como forma de mantener la armonía y la libertad del espíritu; en sus palabras: “Esa belleza típica refleja, para el pensamiento hegeliano, el efecto ennoblecedor de la libertad; la esclavitud afea al mismo tiempo que envilece; la conciencia de su armonioso desenvolvimiento imprime a las razas libre el sello exterior de la hermosura” (21).

El autor propone que el gobierno debe crear y generar una democracia noble, justa, que brinde la posibilidad de “aflorar, revelar y dominar las verdaderas superioridades humanas” (26), enmarcadas en la juventud, la racionalidad y la belleza. No obstante, el desenvolvimiento de estas superioridades o facultades del alma deben ir junto a la educación de la voluntad y del pensamiento como formas de propagación del ideal desinteresado del espíritu y de la construcción de un sólido porvenir, pues éste “es en la vida de las sociedades humanas el pensamiento idealizador por excelencia. De la veneración piadosa del pasado, del culto de la tradición, por una parte, y por la otra del atrevido impulso hacia lo venidero, se componen la noble fuerza levantando el espíritu colectivo sobre las limitaciones del presente que comunica a las agitaciones y los sentimientos sociales un sentido ideal” (Rodó, 1993, 53).

Rodó, al igual que Martí, considera que no es posible permitir la imitación y la desnaturalización de los pueblos al imponerles “un modelo extraño ante el cual deben sacrificar la originalidad irremplazable de su espíritu” (46). Invita a tener presente las raíces, la historia y la cultura para no deformar las líneas del espíritu. Dentro de su propuesta niega a los pueblos la posibilidad de la admiración y la creencia, porque son modos pasivos de imitación: “[...] se imita a aquel en cuya superioridad o cuyo prestigio se cree” (25)

Finalmente, es importante destacar que la propuesta de Rodó se distancia de lo planteado por Sarmiento, ya que el surgimiento de la barbarie o de la civilización de una sociedad, no depende de la falta de inmigración o imitación europea sino de la carencia o el fortalecimiento de una orientación moral del espíritu.

Posteriormente, tomando el ideal bolivariano y alejándose de propuestas como la inmigración o la exaltación de la sangre india, surge en 1925 la iniciativa de Vasconcelos enmarcada en *La raza cósmica*, texto influido por distintas circunstancias históricas entre las cuales se puede mencionar: culminación de la Primera Guerra Mundial, la Revolución Mexicana (1910) y la Constitución (1917) de una república representativa, democrática y federal con soberanía nacional, situaciones que hacen retomar el problema de la raza basada en el color de piel.

El autor considera que las distintas razas del mundo tienden a mezclarse cada vez más, hasta formar un nuevo tipo de humano, compuesto de los rasgos y características de los pueblos existentes. Para Vasconcelos, existen cuatro etapas o troncos en la historia americana: negro, indio, mongol y blanco. Él último es considerado el puente que permitirá disponer el espacio para que todos los tipos y todas las culturas puedan fundirse:

El objeto del continente nuevo y antiguo es mucho más importante. Su predestinación que obedece al designio de constituir la cuna de una raza quinta en la que se fundirán todos los pueblos, para reemplazar a las cuatro que aisladamente han venido forjando la historia. En el suelo de América hallará término la dispersión, allí se consumará la unidad por el triunfo del amor fecundo y la superación de todas las estirpes ( 27).

En las diferencias y en los tesoros de cada una las razas se encontrará el camino para formar la quinta raza, “la raza cósmica”; “[...] si se imita se pierde, si se crea y descubre, triunfaremos” (23). De igual manera, reconoce que la conformación de esta “raza cósmica” solo se podrá llevar a cabo bajo la libertad de elección (elección por gusto y no por necesidad) de amor y reciprocidad, para no caer en los vestigios coloniales históricos, ya que esta raza no permitirá la violencia, la esclavitud, la enajenación, ni cualquier tipo de poder o relación que implique la sumisión o arrogancia de los pueblos. Será una quinta raza que se encargará de educar y promover su sabiduría, la cual consiste en considerar la vida fundada en el amor que se expresa en formas de belleza:

Este amor será uno de los dogmas fundamentales de la quinta raza, que ha de producirse en América [...] Pero la América es la patria de la gentilidad, la verdadera tierra de promisión cristiana. Si nuestra raza se muestra indigna de este suelo consagrado, si llega a faltarle el amor, se verá suplantada por pueblos más capaces de realizar la misión fatal de aquellas tierras; la misión de servir de asiento a una humanidad hecha de todas las naciones [...] (24)

La quinta raza no pretenderá excluir a alguna de las razas distinguidas en la historia, sino buscará aprovechar todas las capacidades de las diferentes razas para mayor integración del poder y rechazar toda muestra de violencia, arrogancia y dominio. Acaparará la vida y el amor, pero sin mutilaciones anticipadas:

No es la guerra contra el blanco nuestra mira, pero sí una guerra contra toda la clase de predominio violento. Por lo que hace al blanco y a su cultura, la quinta raza cuenta ya con ellos y todavía espera beneficios de su genio. La América Latina debe lo que es al europeo blanco y no va a renegar de él; al mismo norteamericano le debe gran parte de sus ferrocarriles, y puentes y empresas, y de igual suerte necesita de todas las otras razas. Sin embargo, aceptamos los ideales superiores del blanco, pero no su arrogancia; queremos brindarle, lo mismo que a todas las gentes, una patria libre, en la que encuentre hogar y refugio, pero no la prolongación de sus conquistas” (35).

Es así como Vasconcelos argumenta que la humanidad pasará gradualmente por tres estados (material o guerrero, intelectual o político, y espiritual o estético). En el tercer estado se irá conformando la quinta raza donde la belleza, la inspiración, el gusto, las emociones y el sentimiento creador sobresalen. Se irá superando las guerras, la necesidad por el otro, la fuerza bruta y la violencia, la razón, que se acomoda a las leyes derivadas de la costumbre y la lógica. Por lo tanto, “ en el mundo del *pathos* estético, sólo importará que el acto, por ser bello, produzca dicha. Hacer nuestro antojo, no nuestro deber; seguir el sendero del gusto, no del apetito ni el del silogismo; vivir el júbilo fundado en amor” (39).

Sin embargo, el desarrollo de una raza superior en la cual se integran los rasgos distintivos de varias razas y culturas puede resultar demasiado ideal, ya que pretende generar una nueva raza desde una perspectiva estética con cierta influencia de la lógica

eugenésica, impidiendo la posibilidad de que lo feo, la miseria, la pobreza existan en esta nueva conformación:

Los muy feos no procrearán, no desearán procrear; ¿qué importa entonces que todas las razas se mezclen si la fealdad no encontrará cuna? La pobreza, la educación defectuosa, la escasez de tipos bellos, la miseria que vuelve a la gente fea, todas estas calamidades desaparecerán del estado social futuro. Se verá entonces repugnante, parecerá un crimen, el hecho hoy cotidiano de que una pareja mediocre se ufane de haber multiplicado miseria. El matrimonio dejará de ser consuelo de desventuras, que no hay por qué perpetuar, y se convertirá en una obra de arte. (50)

De esta manera una quinta raza, “la raza cósmica”, será la fusión de las distintas razas en una nueva que complete y supere a todas, constituyendo “a un tipo infinitamente superior a todos los que han existido” (42). Se reconocerá además en ésta, lo mejor de cada una bajo un criterio de simpatía verdadera que facilitará la síntesis feliz de los elementos que están repartidos en los distintos pueblos.

En un intento por aproximarse a las propuestas anteriores, y añadiendo un nuevo elemento social, Laureano Vallenilla Lanz en 1919 propone su discurso racial en pleno trauma de la guerra federal a final del XIX y la decepción del gobierno de Cipriano Castro. Su propuesta racial se basa en el rechazo de las tendencias hispanoaméricas que manifiestan una supuesta decadencia o barbarie de las civilizaciones por la mezcla de razas, afirmando que es necesario superar esa connotación étnica de la raza e insertarse en el campo social. Por lo tanto, plantea una nueva forma de ver la raza denominada por el autor como “raza social”; propuesta que supera las fronteras de las razas basadas en el color de piel para adentrarse en un espacio de una nación mestiza, donde el aborigen y el hombre autóctono sobresalen y perduran a pesar de la mezcla:

La procedencia étnica, señores, no explica nada por sí sola, no es más que uno de tantos factores en la evolución de los pueblos. Ni las naciones, ni los individuos son más o menos valientes, ni más o menos aptos para la civilización porque pertenezcan a ésta o aquella raza... deben consolarse por el convencimiento de que nunca, al menos en la época histórica, ha existido RAZA PURA en el mundo...(325)

De esta manera, el autor denuncia lo absurdo del concepto de “raza pura” y rescata el término “raza” desde una perspectiva cultural y social, donde se destacan los procesos a través de los cuales los pueblos han logrado establecer su propia idiosincrasia. Esta construcción del nuevo hombre se encuentra mediada no solo por el mosaico de razas, sino por una influencia significativa del medio físico en los instintos, las ideas y las tendencias que caracterizan las relaciones sociales y económicas en cada nación: “En casi toda Hispanoamérica ha persistido por largo tiempo el prejuicio de considerar a los españoles como una raza pura, sin tomar en cuenta las diversas mezclas que durante siglos se realizaron entre las poblaciones autóctonas o prestrabónica de la Península y los pueblos invasores”. (54).

De esta manera, Vallenilla enfatiza en que la raza no solo está supeditada a la fusión de las distintas razas sino a la influencia del medio físico en el que se encuentra, ya que éste transforma y constituye la visión del nuevo hombre. Así, determina la existencia de dos bandos definidos en Hispanoamérica: españoles e indios, aunque mezclados y fusionados por distintas circunstancias. Así lo afirma:

Pero la razón política ha venido influyendo de tal manera en la tradición y en la historia, que, es casi general la creencia de que en aquella lucha se destacaron, tanto en Venezuela como en los otros países de Hispanoamérica, dos bandos perfectamente definidos: de un lado los americanos que luchaban por independizarse de un ‘poder extraño de una nación extranjera, usurpadora de sus más sagrados derechos’, y del otro, ‘los españoles, los extranjeros representantes de aquella horrible tiranía, que luchaban por mantener el ominoso yugo’. (30).

Vallenilla reconoce que a pesar de que España colonizó e importó tendencias éticas, políticas, sociales, lingüísticas y religiosas a las naciones latinoamericanas, éstas están siendo contrarrestadas por los espacios físicos y el tiempo que ha permitido la evolución de las sociedades. Además, afirma que las naciones han estado conformadas desde un principio por poblaciones indígenas y, por lo tanto, sus ideas y costumbres permean la fusión de la razas. Sin embargo, no es posible negar el innumerable legado y las distintas transformaciones que trajeron los africanos con su inmersión. De esta manera da cuenta de cómo a través de las distintas fusiones se fue conformando una sociedad heterogénea, en la

cual el aborigen siempre tiende a destacarse entre los mestizos o mulatos. Estos elementos son recopilados en la propuesta del autor “Cesarismo democrático”, la cual considera a las naciones como seres colectivos que siguen a un ser individual. Sociedades que generan un pensamiento, un ideal, un interés que se convierte en el norte, en la dirección y la fuerza que las lleva al desenvolvimiento, la consolidación del sentimiento nacional y el progreso:

Este cesarismo se llama democrático, porque cualquier hijo del pueblo por humilde e ignorante, puede llegar a ser el César; o mejor que precisamente las clase más bajas de la sociedad son la manera de los Césares Páez, apenas sabía leer cuando triunfó den Carabobo; Crespo nunca supo de ‘ideologías’, que decía Napoleón; el general Gómez no es precisamente un letrado. El César democrático, no es, pues, sino el tirano de origen humilde. Es la selección por lo bajo. Es la selección que produjo al doctor Francia y a Estrada Cabrera (156).

Por lo tanto, Vallenilla al igual que Rodó, pone la esperanza en la juventud como la encargada de contribuir a la construcción del sentimiento nacional, la conciencia e identidad de una patria. Compartiendo la idea de José Martí, Vallenilla considera además que el progreso de las naciones se dará en la medida de que los hombres sean conscientes de las necesidades e intereses de su pueblo para lograr así gobernar, educar y culturizar desde lo propio y no desde modelos o instituciones importadas:

Mi Cesarismo Democrático no se ha inspirado sino en el propósito de contribuir a la elaboración del sentimiento nacional, despertando en las nuevas generaciones la conciencia plena de una patria, de una nación distinta y capaz de fundar su derecho político, su constitución propia y efectiva en hechos sociales e históricos indiscutibles. Yo he partido del principio de que todo pueblo tiene, no el Gobierno que se merece, como dicen los empíricos y los pesimistas, sino el sistema de Gobierno que él mismo produce de acuerdo con su idiosincrasia y con su grado de cultura (207)

Finalmente, es necesario rescatar el énfasis que realiza Vallenilla en la búsqueda del alma nacional o el sentido nacional como elemento fundamental en la construcción de raza. En palabras de Vallenilla: “todas las fuerzas se hallan equilibradas y todos los hombres compenetrados por un pensamiento al que puede y debe dársele el nombre de alma nacional, porque tiene el mismo carácter de aquello que en los individuos llamamos alma”

(146). De esta manera, así como los individuos poseen un alma, la sociedad tiene una, constituida por la fusión de las razas, la influencia del medio y el tiempo. También, es interesante destacar que al ser uno de los representantes del pensamiento positivista, estuvo en desacuerdo con las nociones europeas implantadas, lo cual generó una reflexión sobre la construcción de identidad nacional y la importancia que se le otorga al medio físico en la evolución de la raza. Sin embargo, no se puede desconocer los prejuicios raciales que tenía Vallenilla cuando observa que culturalmente unas razas son más desarrolladas que las otras.

En conclusión, a partir de lo descrito en los párrafos anteriores es posible establecer que las propuestas de Bolívar, Martí, Rodó y Vallenilla buscan recuperar las raíces y lo propio de los pueblos para evitar a toda costa la imitación o importación de ideas o instituciones extranjeras. Sin embargo, Martí adiciona un nuevo elemento: la creación de un nuevo individuo que analice y conozca su país para que desde allí se implemente el gobierno, la educación y la cultura que responda a las necesidades existentes. En cambio, Rodó da credibilidad a la exaltación y educación del espíritu a través del arte como forma de evitar la imitación de modelos materialistas (modelo estadounidense) y así lograr la definición de la personalidad latinoamericana. Por su parte, Vallenilla afirma que la construcción del nuevo hombre no solo está mediada por el mosaico de razas sino por la influencia del medio físico y del tiempo que permean todos los ámbitos en la formación del sentido nacional.

De otra manera Sarmiento y Vasconcelos proponen su discurso racial. El primero de ellos se basa en la imitación y la inmigración de extranjeros para superar la barbarie y lograr el progreso del país desde una concepción que margina y desdeña lo propio. El segundo propone la inclusión de todas las razas para construir la quinta raza, denominada “La raza cósmica”, mezcla que superará a todas las anteriores con lo mejor de cada una.

Así mismo, es importante destacar un componente de utopía en las propuestas de cada uno de los pensadores rastreados, ya que se evidencian elementos idealistas para la construcción del nuevo hombre suramericano. Este es el caso de Bolívar y su ideal del ciudadano de la Gran Colombia: la unión de todas las naciones; por su parte, Sarmiento y su propuesta de un hombre civilizado que surge de la inmigración española e imitación extranjera. Martí apuesta por el hombre natural que gobierna y actúa desde las necesidades

del país, limitando el acceso a este campo de acción a “letrados” y extranjeros. Por su lado, Rodó pone su esperanza en la formación del espíritu de la juventud intelectual y Vasconcelos apuesta por la reunión de lo mejor de cada una de las razas “La Raza Cósmica”. Finalmente, Vallenilla quien promueve la creencia de que cualquier hombre, rico o humilde, puede asumir el poder de su país, elegido democráticamente, siempre y cuando se conecte con el sentir popular y asuma un voluntarismo tutelar.

Para continuar, es importante aclarar que este recorrido latinoamericano nos permite retomar discursos sobre la concepción de raza latinoamericana. De esta manera, el camino analizado contribuye a la revisión de propuestas que contextualizarán el campo donde se desarrolló el discurso racial de Fernando González Ochoa, permitiendo identificar cercanías, tensiones y contradicciones con otros discursos que surgieron en la época. Así mismo, se logra evidenciar las formas en que algunos autores utilizan su discurso racial latinoamericano para nacionalizar esta visión y aplicarlo a su propio país, es el caso de Sarmiento con Argentina, Martí con Cuba y Vallenilla Lanz con Venezuela.

### **Nacionalizando la raza**

En el apartado anterior, el énfasis se presentó en la recopilación de las propuestas existentes que contribuyeron a la constitución del discurso racial latinoamericano y en el análisis sobre cómo algunos autores trasladaron estas visiones latinoamericanas a nivel local me he detenido en ellos y no en otros, porque siento que son claves para entender la propuesta de González. A continuación se pretende proseguir con las tendencias que buscan nacionalizar la raza y en este caso, profundizar en las interpretaciones que surgieron en Colombia sobre el discurso racial durante la modernidad, específicamente el tiempo que abarca desde 1910 y 1935 en Colombia (tiempo en que se construyen y publican las obras de González seleccionadas *El hermafrodita dormido* y *Mi Compadre*).

En este periodo, en Colombia surge un discurso claramente eugenésico sobre la raza; aunque ya existía en América Latina, adquiere mayor relevancia con el surgimiento del positivismo que apoyaba la idea de mejorar biológicamente la población y conseguir grupos más fuertes y sanos. Para Zandra Pedraza la eugenesia es un “movimiento que representa la inclinación de las ciencias al creer en el perfeccionamiento de la especie humana por la vía

biológica”(110), idea que se vincula con la ley de herencia y del darwinismo, donde se cree que alterando “la naturaleza física se puede mejorar la naturaleza moral e intelectual” (110). Este planteamiento no solo constituía la selección de los elementos que mejorarían la raza, sino la limitación de aquellos que no implicaran progreso y superioridad.

El propósito de los siguientes párrafos es realizar un recorrido que rescata algunas de las propuestas y discusiones que han surgido en Colombia desde esta perspectiva con el fin de enmarcar el contexto que influyó el momento histórico donde se desarrollaron las obras de González. Los textos que apoyaron la construcción de esta recopilación fueron: *La raza antioqueña* de Libardo López, *Degeneración colombiana* de Alfonso Castro, *Nuestras razas decaen* de Miguel Jiménez López, *Los problemas de la raza en Colombia* de Luis López de Mesa, y *La Tragedia biológica del pueblo colombiano* de Laurentino Muñoz.

En 1906, Libardo López descubre que varios escritores habían intentado asignar caracteres distintivos fisiológicos y psicológicos a la raza, condenando a los latinos a la decadencia definitiva y prematura. Sin embargo, el autor afirma que estas características poco favorables para el pueblo latinoamericano podían ser modificadas a través de la educación pues considera que, aparte de las condiciones anatómicas, lo que define una raza superior es el carácter o la energía moral que permite evidenciar un vigor racial para anular los elementos extraños. De ahí que rescate de los europeos la voluntad única, la energía indomable, la iniciativa, el dominio sobre sí mismo, el sentimiento de independencia, de poder, de religiosidad y moralidad fija. Así mismo, agrega que la ausencia de una raza que tenga energía, voluntad y moralidad origina en los países la “decadencia”, como es el caso de los países latinoamericanos.

No obstante, dentro de este conglomerado de naciones latinoamericanas, López exalta a Antioquia como el lugar más estable donde podría nacer una raza superior suramericana porque la religión, la familia y la moral han sido constituidos como elementos de transmisión hereditaria que logran compactar, endurecer las creencias, el carácter y la base de la organización social que resiste al tiempo ante cualquier modificación. Es por esto que Antioquia no padece de mutaciones intrínsecas al contacto con otras civilizaciones o ideales, pues ha tenido una actitud estable y resistente ante las continuas inmigraciones que no sólo han sabido sobrellevar, sino que han obligado a aquellos invasores a regresar a sus

sitios de origen o a fusionarse. En consecuencia, para alcanzar el progreso es necesario que cada pueblo desarrolle más y mejor sus propias cualidades para que “la armonía encadene las distintas energías en beneficio del país”(22).

Igualmente, López manifiesta que la familia se constituye en el elemento primordial para la constitución de la raza superior, ya que allí se fundamenta la estructura moral del pueblo, que le da fuerza contra toda infiltración sin importar de qué clase sea. Por lo tanto, su guerra no se basa en la consecución de ideales políticos sino de crear, dictar leyes y reglas que defiendan su religión y su hogar.

Posteriormente, se evidencia una constante aparición de escritos publicados en *El Tiempo* relacionados con la construcción de la historia de la cultura en Colombia a cargo del científico e intelectual antioqueño Luis López de Mesa, quien afirma que la población colombiana pertenece a la raza española, a la aborígen y a la africana. Sin embargo, reconoce que estas blendas raciales son muy variadas, porque existen ciertas zonas territoriales en las que ha predominado la sangre aborígen (Boyacá y Cundinamarca), en otras la sangre negra (Chocó) y grandes zonas han sido influenciadas por la raza blanca (Antioquia, Caldas, Santander).

Para poder identificar los distintos aportes de las razas en el proceso de mestizaje, clasifica al país en cuatro poblaciones: Hispanochibcha (Cundinamarca y Boyacá), iberoafro-americana (Atlántico, Bolívar, Magdalena, Medellín y Caldas) hispanoquillacinga (Nariño) y la hispano-caribe (Tolima). Para López de Mesa los españoles se caracterizan por ser “mal educados aun para el trabajo, militares y aventureros” (6); sin embargo, les reconoce su aporte en la compensación de la escasez de colegios y universidades, la adquisición de literatura, la constitución de una nueva legislación, el ideal de la familia y el cabildo. De la raza aborígen destaca “la suavidad del carácter, laboriosidad y habilidad manual en algunas regiones, ciertos dones de disciplina, adaptabilidad y tendencia cívica” (7). Y finalmente, de la raza negra rescata su fuerza para el trabajo y su gran contribución para la guerra de emancipación, así como el ejercicio de virtudes sociales: gratitud, fidelidad y amistad.

Sin embargo, reconoce que estas características varían dependiendo de los españoles que se asentaron en las distintas zonas colombianas, ya que el proceso de “mestización” incluyó españoles de distintas comunidades como vascos, andaluces y castellanos, quienes poseían características que los diferenciaban según el lugar de origen al que pertenecían. Así mismo, establece la importancia y la influencia del medio en la conformación del nuevo ser, ya que éste modifica el grupo racial. López de Mesa afirma que “la raza es un factor indeclinable pero el clima la vence y domina en la evolución social” (68). Por lo tanto, las variaciones de temperamento y fisiología no solo dependen de las estructuras psicológicas y físicas de cada una de las razas, sino de la influencia del medio y su “contagio social” que generan cambios significativos en la “mestización”.

Para el autor, el porcentaje de inmigración de raza negra se aproximó a un 10% de la población colombiana, basándose en censos estadísticos enunciados a comienzo del siglo XIX por la Enciclopedia Británica. Para él hay una mayor influencia de la pinta negra en la zona occidental que en la oriental del país; el crecimiento de esta población pudo haber sido superior dada la fecundidad propia de ella, pero las condiciones nosológicas no se lo permitieron. Registra en algunos estudios demográficos que algunas ciudades como Antioquia manifestaron al gobierno nacional no poder reclutar más de mil esclavos y en ese momento había una existencia de casi mil “almas”, lo cual estaba ocasionando una absorción más rápida de la raza negra que de la blanca. De esta manera lo expresa: “[...] anunciar que si cesa la inmigración más o menos clandestina, de los afro-antillanos, ocurrirá entre nosotros una absorción lenta de la población de color por la blanca, con el resultado ligeramente trigueño, un poco a la manera árabe, de buen porte y bellos ojos, temperamento festivo, simpatía y generosidad, como es notorio en los octavones y tipos de transición” (49).

La cita anterior permite observar que en la “mestización” no solo existía una preocupación por los resultados físicos sino, también, por la conformación final del carácter y del aspecto psicológico. Por lo tanto, para López de Mesa, compartiendo el pensamiento de López Libardo, el mestizaje buscaba la conformación de un ser que engrandeciera moralmente la patria y aportara a la riqueza pública, a través de la fusión de las razas existentes “cuidando de que predominen las mejores cualidades de cada una, hasta donde

ello sea posible y, corrigiendo con una sana política de inmigración los defectos que el cruzamiento espontáneo tienda a hacer perdurar” (5). Sin embargo, López de Mesa agrega un nuevo elemento denominado “política de inmigración”, estrategia que no solo permitía proteger de enfermedades o vicios la nueva mezcla sino de elegir aquellas razas dotadas de ricos dones espirituales desarrollados con las distintas disciplinas, pues este cruzamiento con las razas superiores beneficiaría al indígena, ya que lo sacaría de su frustración cultural y fisiológica, permitiendo de esta manera elevar contantemente el nivel de la raza. Con ello lograría obtener más saludables estructuras anatómicas, excelentes capacidades mentales y consolidar mejores caracteres de los habitantes.

Siguiendo el mismo camino, Miguel Jiménez López se expresó públicamente en 1920 sobre la degeneración colectiva, en el Congreso Médico Nacional. En éste afirmó que los signos que evidencian “degeneración de la raza” son tanto físicos como psíquicos. Dentro de los primeros, especifica una serie de signos que indican inferioridad en la raza, desde rasgos anatómicos, como la prominencia de los huesos molares, hasta el peso y la talla por debajo de las cifras europeas; fisiológicos, como los hechos de carácter funcional revelados en cifras estadísticas de natalidad, mortalidad, longevidad y nupcialidad; y patológicos, como refiere algunas enfermedades que evidencian deficiencias biológicas en la población (artritis, tuberculosis, cáncer, lepra, entre otras). En el segundo aspecto, menciona algunos rasgos que muestran inestabilidad en la raza como la impaciencia, la emotividad, la impulsividad, la violencia, el menor entusiasmo por el estudio, el incremento de la criminalidad y de la locura, formas elegantes de estafa, el político parásito, la prostitución, el escaso aporte intelectual, entre otros elementos que según el autor “degeneran la raza”.

Para Jiménez, la “degeneración física y psíquica” de la raza ha sido influenciada por la atmósfera de los climas, escasa presión, disminución del oxígeno en algunas zonas, aumento de ácido carbónico, la falta de higiene (aseo), sedentarismo de las clases acomodadas, educación tradicional, fatiga en el cerebro y la ingestión de la chicha; elementos que han originado graves enfermedades, afecciones parasitarias, infecciones y vicios que han debilitado e inferiorizado a la raza colombiana. Jiménez concluye su texto con una propuesta para paliar el proceso de “degeneración racial” que venían asumiendo los colombianos, “el remedio radical para nuestra decadencia; una buena y copiosa

inmigración” ( 42). Compartiendo la postura de López de Mesa, el autor mantiene la idea de que una “inmigración perfecta” lograría superar la degeneración física y psíquica que se venía presentando. Pero para que cumpliera con este precepto de perfección debía cumplir con tres criterios del buen cruzamiento, expuestos en un principio por el francés Le Bon en su obra *Leyes psicológicas de la evolución de los pueblos* y compartidos por Miguel Jiménez López en *Nuestras razas decaen*. El primero refiere a la igualdad del número de las razas sometidas; el segundo habla sobre que las razas no difieran demasiado en sus caracteres; y el tercero menciona el sometimiento de las razas en idénticas condiciones ambientales. Sin embargo, Jiménez agrega un cuarto criterio: “una de las razas presente caracteres orgánicos y psicológicos capaces de compensar las deficiencias de aquella que se quiere mejorar” (42). Superando de esta manera la degeneración colectiva física, intelectual y moral que viene encasillando la inferioridad de nuestra raza.

Aunque Alfonso Castro, en su texto *Degeneración colombiana* (1920), reconoce el trabajo de Jiménez y sus aportes en una época con pocos estudios sobre el tema, critica su postura, ya que sugiere que en su análisis no se tuvo en cuenta a los grupos étnicos y el factor tiempo. También, olvidó a la juventud, esperanza del pueblo, omitió cifras precisas que demostraran lo anunciado, confundió la miseria, la mala educación y el desorden alimenticio con “estigmas definitivos, anunciadores de completo desastre” (4). La postura de Castro se convierte en una reevaluación de algunas opiniones de Jiménez y aporta algunos datos sobre el tema. Comparte que la degeneración racial abarca signos claramente psíquicos, respecto a los signos físicos, difiere de Jiménez en cuanto expresa que las descripciones anatómicas no son stigmas de degeneración, sino “son modalidades impresas por causas oscuras emanadas del medio y de condiciones especiales de la existencia, transmitidas de generación en generación, dando el sello característico a los grupos humanos”(9) y, por lo tanto, no hay ninguna relación entre la forma de la cabeza, las enfermedades que sufre un individuo con la capacidad intelectual o su potencialidad, ya que a pesar de estos signos, tiene la posibilidad de trabajar su espíritu intelectual y moral para desempeñarse con eficiencia en sus labores.

A pesar de que comparte la idea de inmigración de Jiménez y de López de Mesa, para él ésta solo se puede dar cuando los valores y el orgullo patrio se reevalúen y se arraiguen,

pues Alfonso Castro afirma que mientras haya una patrón de altivez, cultura, avidez, una mente viva como el fuego, “acatadores de derecho y con una alta moralidad biológica” (92), el inmigrante que llegue no tendrá otra opción que respetar y pensar en una nación libre con propia voz. El inmigrante se convertirá en el hermano, que avisará de los peligros y guiará, pero nunca será visto como amo, de sangre pura, ni superioridad, porque “entre hombres no existen ni las sangres puras ni las diferencias esenciales de unos a otros” (92). Se contrapone al discurso concluyente de Jiménez sobre Colombia y su completa decadencia, sin camino que andar, ni porvenir que esperar, solo con la “inmigración perfecta”, la cual será la única salvación.

En cuanto a los signos psíquicos, comparte la serie de rastros mencionados por Jiménez; sin embargo, manifiesta que son modalidades de un pueblo que está en renovación y orientación constante y que no solo pertenecen a los colombianos, sino al conglomerado humano. De esta manera, la imitación se convierte en forma de educación y progreso; “no es síntoma de decadencia” (44), sino forma de aproximarse a los pueblos y adquirir medios más útiles para la vida. De ahí que se haya obtenido ferrocarriles, teléfonos, vías, transporte y comercio, entre otros.

El principal aporte de Castro radica en una serie de elementos etnológicos que definen la conformación de las razas blanca, negra y aborígen; no obstante, argumenta que no es posible dar un grupo de raza exacto al que pertenezcan los colombianos, pues son hombres que están en crecimiento. Respecto al aborígen afirma que éste no parece ser autóctono de América y sus inmigraciones se efectuaron a este lugar durante el periodo neolítico europeo. Los españoles, producto de mezcla de distintos pueblos, que invadieron la península en diferentes épocas, llegaron por el oro, pero se encontraron con más maravillas de las que esperaban: recursos innumerables y el negro que viene del África a reemplazar al indio, ya que éste era menos resistente para el agobiador trabajo de las minas.

Para Alfonso Castro este proceso de mezcla o “mestización” es transversalizado por tres elementos: el físico, el intelectual y el moral. El primero como muestra de la decadencia aborígen: miseria, trabajo, falta de cuidados y embrutecimiento. Surgen los mestizos y mulatos, resultados fuertes, inteligentes y adaptables al medio. El segundo que representa la constitución de la racionalidad (predominio del pensamiento que solo

pertenece al español), la prohibición de los libros para los “naturales” ( hombres distintos a monarcas y blancos), la fundación de colegios religiosos para infundir el catecismo y la teología, así como la prohibición del cultivo del espíritu para las mujeres. Finalmente, el tercero representa la vulnerabilidad e inferioridad del indio ante la explotación del español. Surgen discusiones sobre la racionalidad o no de éste; asesinan, torturan, generan pobreza y temor sin mediación religiosa que pueda contra esta avaricia; se redimen con dinero en templos o conventos. Frailes y sacerdotes, según el autor, se preocupan más por el diezmo que por el fortalecimiento de la moralidad.

Su propuesta, muy cercana a la de Libardo López, se basa en el trabajo de la enseñanza, la educación, el cultivo de la inteligencia, de la voluntad y del corazón, enfatizando en las necesidades del país, de los recursos y los métodos para explorarlo, porque “Nuestro porvenir grande y luminoso está en la escuela” (52). Para el autor, se le debe dar mayor relevancia a la educación física que imparten en las escuelas, ya que allí está la oportunidad de brindar un mejor cuidado y conocimiento sobre el cuerpo y por lo tanto de la higienización. Así mismo, trabajar en la medicina preventiva para evitar enfermedades que degeneren la raza. A nivel intelectual, propone una mejor preparación de los maestros para superar las recitaciones aburridas y de memoria que no contribuyen en el cultivo del espíritu, así como fortalecer los gabinetes de laboratorio y la creación de museos. En cuanto al nivel moral, sugiere superar el sectarismo, el fanatismo religioso y la envidia.

Finalmente, el médico Laurentino Muñoz, en su texto *La Tragedia biológica del pueblo colombiano*, realiza un recorrido de las distintas enfermedades que han agobiado a los colombianos y cómo éstas han estado relacionadas con sucesos sociales, culturales, económicos, educativos y políticos que han influenciado la constitución de una raza inferior. “Es grande en Colombia la naturaleza, es infinita y desconcertante la belleza de los Andes”(13). Estas palabras resaltan la inconmensurable belleza natural del país que ha sido poco explorada, dominada y trabajada, pues Muñoz afirma que “el hombre es inferior al medio...Enferma e ignorante la masa humana vegeta en situación desconsoladora de inferioridad” (14). Las enfermedades constantes como el paludismo, la anemia tropical, las enfermedades venéreas, la tuberculosis, el alcoholismo y la ignorancia mantienen a los

colombianos en una miseria fisiológica y espiritual que no les permite apoderarse de las tierras y constituirse en algo diferente a una raza inferior. Así mismo, Muñoz, alejándose de la propuesta de López de Mesa, asevera que no es que el colombiano sea étnicamente inferior, ni que el medio, o sea el trópico, cause la inhibición de la mente sino las enfermedades, los vicios, las condiciones antihigiénicas y la nutrición defectuosa. Del mismo modo, Muñoz analiza la falta de conocimiento de las normas de higiene por parte de las clases campesinas, que forman el núcleo de la sociedad colombiana, surgiendo hombres que “crecen como irracionales”(17) sin una alimentación adecuada, sin un vestido, sin un manejo de sus deseos y su voluntad, sin hábitos. En conclusión, sin una buena educación que les permita formar conjuntamente la parte material y espiritual del ser.

Es por esto que no es posible tener una raza fuerte con los niveles de mediocridad educativa y fisiológica, enmarcados en el poco manejo y control de enfermedades, en la falta de conciencia sobre la higienización y en la carencia de luz y agua. La ausencia de estos componentes nunca permitirán que una nación imponga su civilización y su cultura, pues siempre tenderá a ser dominada y vencida por otra que piense y considere al niño como el “ciudadano del futuro” y deposite la confianza en aquel que recibe la tradición y la educación.

Su propuesta, muy cercana a la de Castro y Libardo López radica en la implementación de una mejor educación donde exista una mayor preocupación por el cuerpo, por forjar un carácter fuerte para la lucha, por generar conciencia social del hombre, profundizar sobre la higienización, despertar la cooperación, el orgullo, el patriotismo, entre otros elementos que permitirán vigorizar y hacer más fuerte la raza colombiana para conseguir el progreso de la sociedad que no se logra por azar o casualidad, sino por el fruto de una actividad individual y colectiva, centrada en el rol del estado, quien debe preocuparse por trabajar y superar la miseria biológica, fisiológica, espiritual y económica que presenta el país para convertirse en una nación poderosa que se distinga por su capacidad mental, material y ética.

En conclusión, los discursos generales de esta época se basan en una línea eugenésica, que abogaba por el perfeccionamiento de la raza colombiana tanto de los rasgos físicos como psíquicos para superar la decadencia, la miseria o la degeneración. Autores

como Miguel Jiménez, Libardo López, Alfonso Castro y Laurentin Muñoz consideran que la “degeneración de la raza” no solo dependía de los resultados anatómicos o psicológicos de la mezcla sino también de la influencia de distintas enfermedades y vicios, la falta de higiene y la mala alimentación en las distintas regiones. Por su parte, Luis López de Mesa, siendo mucho más preciso, habla del “contagio social”, afirmando que las variaciones de temperamento y la fisiología no solo dependían de las estructuras psicológicas y físicas de cada una de las razas, sino de la influencia del medio en la constitución de cada una.

Frente a esta decadencia racial, Libardo López, Alfonso Castro y Laurentino Muñoz depositan la esperanza de superación de la “degeneración” en la educación como forma de modificar los caracteres, de brindar mayor conocimiento y valor al cuerpo, de instruir sobre la higienización, fortalecer el orgullo y la cooperación social para vigorizar la raza, convirtiendo la escuela en un espacio terapéutico que lucha por forjar una verdadera fábrica de caracteres y constituir así un ser mejor a nivel físico, moral e intelectual. De otro lado, Luis López Mesa y Miguel Jiménez abogan por una “política de inmigración” que facilite el ingreso de aquellas razas que sólo permitan fortalecer y complementar la raza colombiana que se encuentra en decadencia, permitiendo proteger de enfermedades o vicios la nueva mezcla, elegir aquellas razas dotadas de ricos dones espirituales, elevar constantemente el nivel inferior de la raza colombiana, obteniendo mejores y saludables estructuras anatómicas, excelentes capacidades mentales y caracteres de cada uno de los habitantes.

Es importante aclarar que los cinco autores mencionados finalizan sus textos evidenciando una preocupación por la constitución integral del ser, tanto a nivel físico como moral e intelectual, aspectos que fortalecerán a los colombianos convirtiéndolos en razas poderosas y superiores que contribuirán al desarrollo del progreso del país.

Para concluir este recorrido, hemos visto el desplazamiento de lo latinoamericano a lo nacional, de la raza cultural e identitaria a la raza en términos biopolíticos y eugenésicos, es decir, el traslado del rescate y fusión de las mejores cualidades físicas y psicológicas existentes para una mezcla ideal a la constitución de políticas que remediarían la deficiencia social, como por ejemplo las leyes de inmigración, estrategias de higiene o la educación para las futuras generaciones, que construirían la vida biológica y cultural de las

sociedades. Por lo tanto, la utopía racial se desplaza a lo nacional y salubre, a la formación de un nuevo sujeto que no solo atiende a la mezcla de razas, sino a la constitución de un óptimo ciudadano nacional.

## CAPÍTULO II

### EL SABER RACIAL EN FERNANDO GONZÁLEZ

Con Fernando González y desde ahí la modernidad, y específicamente con la ilustración (positivismo), la construcción de los sujetos se relacionó con el poder de la razón, la idiosincrasia de la raza blanca y la limpieza de la sangre. Las razas no eran conformadas como simples singularidades, sino construidas bajo un encuentro de múltiples fenómenos: discursos, prácticas y posturas diferentes. Especialistas del tema como Santiago Castro Gómez o Libardo López afirman que las diferencias entre grupos humanos no solo son “marcadas por determinaciones externas (clima y geografía), sino [...] que corresponden a diferencias en cuanto al carácter moral de los pueblos” (Castro, 2010(a), 40). Los positivistas consideraban que cada pueblo traía consigo su propio carácter y su moral, su acercamiento al conocimiento y su desarrollo del pensamiento. Por consiguiente, la conformación del temperamento psicológico de las razas influía verazmente en la fortaleza o debilidad para superar o adaptarse a las adversidades del espacio físico y progresar a través del dominio del pensamiento, aquel que solo era fortalecido con las ciencias y las artes.

Fernando González, compartiendo la propuesta de los latinoamericanos Rodó y Vallenilla Lanz, se aparta en cierta medida de ver la raza exclusivamente por el color de piel y resalta un mayor valor en la cultura, desde una perspectiva estética, otorgándole gran importancia a la “identidad fundada en la distinción étnica frente al otro”(Castro, 2010(a), 58). Una distinción que no solo buscaba resaltar la superioridad de unos hombres sobre otros en cuanto al elemento biológico, sino de unas creencias, costumbres, formas de conocimiento y visiones de la vida sobre otras. Por tal razón, pareciera que ya no solo era necesario dominar por la fuerza o a través de la guerra, sino por medio de la creación de nuevas formas de conocimiento del mundo que generaban conocimientos absolutos o únicos; un blanqueamiento cultural de la sociedad y, al mismo tiempo, para algunos un mejor status o posicionamiento cultural de superioridad étnica.

Para Santiago Castro Gómez, estas nuevas formas de conocimiento, que surgen propiamente en la ilustración, se convirtieron en interpretaciones de los pueblos sobre este periodo, en el cual se generó un discurso con diferentes lugares de producción que buscaban, por una parte, mantener una posición de superioridad de la raza blanca (blancos o criollos), y por otra, construir la subjetividad de los europeos para diferenciarse de los colonizados por medio de los matices que otorgaron a la sociedad de acuerdo con el contexto y a sus necesidades.

El presente capítulo pretende aproximarse a explicar cómo González configura su saber racial. La raza es un tópico que transversaliza las obras *El hermafrodita dormido* y *Mi compadre*, ya que en los relatos de González se observa la asignación de una serie de características propias a cada una de las razas existentes, pero no solo en el sentido de la distinción del color de piel, sino en cuanto a los rasgos del espíritu que han constituido la subjetividad de la raza blanca, aborígen y negra. Como se había mencionado anteriormente, las obras surgen en una época donde el discurso eugenésico se vive claramente en Colombia, pues el ideal que prevalecía sobre la constitución de la raza se basaba en combatir la decadencia de la sociedad y privilegiar la conformación de un ser superior. En esta superioridad se destacaba tanto los rasgos anatómicos como psíquicos, pues de éstos dependían la sagacidad, la fuerza y el ímpetu de una raza en la sociedad. Si bien en las obras plantea una tendencia eugenésica gonzaliana, ésta no exaltaba propiamente a la raza blanca, como se observaba en los teóricos de la época, sino que privilegiaba y rescataba el saber ancestral o indígena sobre el que poseían las otras razas.

Para González, la constitución de una raza superior se basaba en su propuesta racial denominada “gran mulato”, aquel ser, producto de la mezcla de las mejores características y cualidades de cada una de las razas, que superaría la decadencia de cada una de ellas por separado. Así mismo, reflejaba la superioridad de este sujeto, en la constitución de su “egoencia” como estrategia para demostrar la autenticidad, la fuerza vital y el progreso ante la vanidad del ser. Es el impulso del hombre para salir de esa actitud de querer parecer o proyectar su ser desde lo que no es. De ahí que González resalte en sus obras a personajes “egoentes” que se convierten en las dignas manifestaciones de autenticidad y orgullo suramericano, como en el caso de Juan Vicente Gómez o de Lucas Ochoa. Sin embargo, esta propuesta se profundizará con mayor detenimiento en el capítulo III.

Durante el desarrollo de las dos obras, González arma una cartografía eugenésica racial para configurar las categorías que vinculan ciertas cualidades con la fuerza vital de cada una de las razas, otorgándoles mayor credibilidad a ciertos rasgos propios de la subjetividad que facilitarían la conformación del ser como “unidad psíquica” y de fuerte personalidad, con el propósito de interpretar la cultura nacional colombiana.

“El brujo de Otra Parte” confiere a la raza blanca el dominio del pensamiento (racionalidad) y el uso de la religión como forma de conocimiento sobre el mundo y de un encuentro con Dios, basado en la constitución de la razón, proceso que facilitaría las condiciones para la consolidación de la imaginación creadora, característica que González rescata de esta raza, y que contribuiría a la realización de un mejor progreso y porvenir para la nación. En cuanto a la raza aborigen, la relaciona con el respeto por las pasiones y su conexión con la vitalidad de la naturaleza, exaltando así su mesura y astucia. Finalmente, rescata la impertinencia, la sensualidad y la belleza de la raza negra.

## **El blanco y su razón**

Para Hall Stuart (2004), “[...] la raza es, en efecto, un concepto sociocultural, no un discurso transhistórico fundado en lo biológico; no funciona, entonces, a través de la verdad del referente biológico sino una lógica discursiva” (Hall, citado por Restrepo, 290). Es decir que para Hall la raza no es una categoría únicamente biológica sino que trasciende la entidad ontológica y le confiere una relación específica con lo histórico-social, pues para él este término connota características tanto corporales como sociales y culturales.

En resonancia con la propuesta de Hall, González exalta de la raza blanca la imaginación creadora, dada por la racionalidad, cualidad otorgada propiamente a esta raza, la cual se convirtió durante las siguientes décadas después de la colonización en el capital cultural más valioso y apreciado por las otras razas, ya que les garantizaba el acceso al conocimiento científico y literario.

Para Rodó, Vasconcelos, Vallenilla Lanz y López de Mesa, en la mestización debían predominar las mejores cualidades de cada una de las razas, especificando de esta manera

la contribución de la raza blanca en la construcción de la racionalidad y el manejo del conocimiento como forma de cultivar el espíritu. Así mismo, autores como Libardo López y Alfonso Castro consideran que lo que define una raza superior es el carácter o la energía moral que permiten evidenciar un vigor para anular los elementos extraños, pues esta manifestación forma la subjetividad de los pueblos<sup>7</sup>. Por su parte, González, sin dejar de compartir estas directrices, reitera la importancia de cultivar el espíritu a través del arte para consolidar el dominio del pensamiento desde una perspectiva estética. Igualmente, a través de su personaje y la vida de Lucas Ochoa en *El hermafrodita dormido*, afirma la necesidad de absorber de la raza blanca su reiterada búsqueda de la conciencia como fin último de la vida, ya que para él estaba relacionado con ser “bueno” y para “lograr ser bueno” (44) era así necesario comprender más las cosas, apropiárselas y trascender en la apariencia. Sin embargo, ello se encuentra relacionado con estar vivo; la vida, se manifiesta y expresa, exclusivamente, en cuanto hay un dominio del pensamiento (razón). Llegar a ser consciente solo se logra en las civilizaciones que pueden dominar su pensamiento y sus pasiones. González considera en *El hermafrodita dormido* “[...] sólo el que es capaz de dominar el pensamiento, es individuo” (1933. 44).

Es así como, aquellos que no lograran conocer el mundo a través de las disciplinas serían considerados un “NO individuo” es el caso de los aborígenes, que nunca se presentaron como seres mejores, ya que no les era posible dominar sus pasiones. Ser racional es abandonar y despojarse de los sentimientos, pues la base del ser son las ideas y éstas son el eje fundamental de los blancos. En palabras de González: “Me sorprende a veces por la calle repitiendo esta cantinela. Tengo otra que me obsede estos últimos días: NO PIENSO, LUEGO SOY. Con esto quiero decir que sólo el que es capaz de dominar el pensamiento, es individuo. Se refiere a mi teoría de que el olvido es una facultad que se adquiere en los grados altos de civilización”. (44)

Se puede determinar una contraposición ante lo anteriormente dicho, específicamente con la expresión “No pienso, luego soy”. El *pensar* está ligado con la blancura y con la conformación del individuo que tiene como centro la razón, y el *no pensar* implica no ser racional como ellos y apartarse de la construcción del sujeto racional, aceptando pensar,

---

<sup>7</sup> Ver López Libardo en *La raza Antioqueña* (1910) y Castro Alfonso en *Degeneración Colombiana*(1920)

conocer y ver de otra manera, o desde otra perspectiva, el mundo circundante. Lo anterior se relaciona claramente con la elección que tiene el individuo de no pensar y más bien inclinarse por otorgar una mayor importancia al ser emocional que al racional.

Por otra parte, se les confiere a los grados altos de civilización, identificada con la raza blanca, el hecho de poder olvidar; su dominio sobre el pensamiento ha llegado a tal punto máximo que han logrado “no pensar” para olvidar aquello que no debe existir, pues solo existe aquello en que se piensa. De allí que su poder y superioridad estén basados en el olvido de las cualidades intrínsecas de las otras razas (negra y amerindia) con el fin de superponer e imponer su idiosincrasia como formas de construir su subjetividad. Por lo tanto, el olvido se convierte en cierta tendencia racional de dominar el pensamiento, que otorga la posibilidad de “no pensar” para afectar la existencia de los sujetos y las relaciones con los fenómenos culturales, sociales, políticos, entre otros.

Finalmente, la expresión usada por González “No pienso, luego soy”, permite evidenciar la adquisición, por parte del escritor, de un dominio del pensamiento que quizás le puede facilitar la participación de ese grado alto de civilización que logra olvidar. Un olvido que le admite no pensar en los blancos para regresar a su esencia, a su origen y naturaleza. Una negación del yo blanco para consolidar y reflexionar sobre su propia raza, sin enajenaciones de su propio ser que le permitan construir su subjetividad a partir de la negación de la existencia de una única racionalidad y forma de conocimiento.

González reconoce que el manejo del conocimiento no es suficiente para dominar el pensamiento también es importante conocer, habituarse e intuir al medio desde la convivencia, cualidades innatas de los Amerindios, quienes se convirtieron, según *Mi compadre*<sup>8</sup>, en el “órgano de la comunidad y de su país” (1994, 35) que saben muchas cosas, pero no son conscientes y no se dan cuenta de que las saben; esta idea se desarrollará con amplitud en el segundo apartado de este capítulo, el cual permitirá detectar la credibilidad de González no solo en la racionalidad de los blancos sino en las “formas de conocimiento” de los Aborígenes.

---

<sup>8</sup> La obra *Mi compadre* que se trabajó fue la V edición propuesta por la Universidad Pontificia Bolivariana, publicada 1994.

Autores que son estudiosos de la vida y obra del envigadeño, como Henao Javier, afirman que la expresión “No pienso, luego soy” es un “[...] postulado que tiene sentido de ausencia, de irse yendo, de superar el pensamiento y encontrar a Dios en sí mismo” (127). Dicho encuentro se manifiesta como el fin último del cultivo del espíritu y el ascenso a un ente superior (Dios). Dios representa el ser, ente que no necesita del pensamiento porque éste es la culminación del conocimiento; mientras que el hombre representa la existencia, camino en el cual el hombre debe hacerse más consciente y desarrollar su facultad de pensar que le “sirve al hombre para desear otra realidad superior a la que vive” (1988, p. 129). Ello con el fin de superar sus instintos, hacer más innecesaria esa facultad y lograr “la plenitud de la conciencia” para ascender a la “unión divina”. Por lo tanto, “no pensar” simboliza la culminación del conocimiento, disfrutando en el “ser eternamente” y finalizando así la búsqueda de Dios.

De esta manera, se evidencia cómo la religión y la postura espiritual son esenciales en el proceso de la construcción del pensamiento, ya que la comprensión de Dios es el fin último del cultivo del espíritu. La religión se une al proceso de ilustración y sólo al razonar es posible encontrar, comprender y pensar en Dios; por lo tanto, para González es esencial la búsqueda de este ente superior espiritual (Dios), ya que a través de este conocimiento y esta conexión se logra la conciencia máxima del ser. Para el escritor envigadeño, la conciencia no se adquiere por sí sola, sino gradualmente con el estudio y la meditación. De ahí que proponga la existencia de tres “métodos de conocer” que le permiten al ser alcanzar la conciencia: inducción, deducción e intuición. El primero es la “indicación” o los signos como el humo que antecede al fuego. La deducción es “sacar” como el baúl que se abre para retirar los vestidos. Y el último, es un “modo de conocer instantáneo” de manera tan natural que ni se percibe, propio de los aborígenes. Sin seleccionar, apoya el complemento de estos tres métodos que se convierten en pequeños peldaños que forjan la dominación del pensamiento y el alcance máximo en el conocimiento de Dios; un Dios que González intenta buscar frecuentemente, hasta en el reflejo de la naturaleza una mediación en esa relación sería: “Dice que tiene algunas cosas como ayuda para sus relaciones con Dios: por ejemplo, *los rayos del Sol* que entran por las ventanas de las iglesias y que se materializan en los corpúsculos del polvillo ambiente; *el*

*Sol*, al cual mira de reojo, mientras respira lenta y profundamente; *la luna* silenciosa y *las estrellas* multicolores (Las palabras en cursiva son mías, 1933, 8)

En consecuencia, la religión se relaciona continuamente con la racionalidad, ya que ésta se convierte en una forma de acercarse al desarrollo de la conciencia y del “lograr ser bueno”. Por lo tanto, tan solo aquellos que demostraban un dominio del pensamiento, alcanzarían un encuentro divino, pues Dios estaba con los que razonaban y, ellos eran los únicos concededores de la “fuerza divina” en el universo. Por ejemplo, los suramericanos fueron concebidos como hombres poco racionales y dominados por la pasión.

A pesar de que González reconozca el valor de la racionalidad en la construcción de las razas, el escritor presenta dos conclusiones claras en su primer capítulo, en las cuales establece, no solo una vertiginosa visión sobre la imitación sino sobre la felicidad inigualable de los colombianos. Su segunda conclusión afirma: “2ª. La felicidad colombiana consiste en que somos pocos con mucha tierra. No necesitamos gente, inmigración, sino sabiduría. La Argentina no puede ser nación; es un conglomerado amorfo y desgraciado; perdió el idioma, perdió el carácter; se hicieron fortunas a la carrera: eso fue todo” (1933, 37).

Respecto a la cita anterior, se puede evidenciar cierta xenofobia o prejuicio racial frente a las razas extranjeras, pues son consideradas amorfas y desgraciadas. Por otro lado, se observa una contraposición de González y la visión de Sarmiento sobre la superación de la barbarie por medio de la imitación e inmigración extranjera para lograr una civilización. Sin embargo, comparte la postura de Martí y Rodó en cuanto a la transgresión de la imitación, destacando lo autóctono y propio del hombre natural, afirmando que el deseo de imitar y querer ser como los blancos ha sido originado por “sugestión”, aquel “proceso mediante el cual personas, medios de comunicación, libros, y toda clase de entes que manipulen conceptos y sean capaces de emitir información pueden guiar, o dirigir, los pensamientos, sentimientos o comportamientos de otras personas” (RAE, 2013). En efecto, el afán de desear la entrada de personas blancas ha sido originado por la necesidad de cultivar el espíritu con la existencia de la única y verdadera forma de pensar y conocer el mundo, de ciertas líneas de la racionalidad científica propuesta en la ilustración que buscaba el blanqueamiento del resto de razas.

Es así como González reflexiona sobre la necesidad de una mayor sabiduría para los habitantes de su tierra colombiana, que no solo les facilite el dominio del pensamiento, sino les permita superar la inocencia en la cual han envuelto a Suramérica, imponiéndoles una producción de visiones únicas y modos de significación propios de los blancos. En efecto, la propuesta del escritor envigadeño tiene cierta tendencia y espíritu tutelar que sigue algunos presupuestos bolivarianos que manifiesta la imposibilidad de que los individuos estén preparados o aptos para enfrentar gobiernos republicanos que lleven al pueblo hacia el progreso. Por esto, propone trabajar en el desarrollo del pensamiento sin perder su subjetividad: las raíces y el origen de la cultura, partiendo de la exaltación de las tierras colombianas como espacios que le permiten al sujeto ser (vivir y ser feliz). Siguiendo la idea de Martí y Vallenilla Lanz, “El brujo de otra parte” considera que el progreso de las naciones se da en la medida en que los hombres sean conscientes de las necesidades e intereses de su pueblo para lograr gobernar, educar y culturizar desde lo propio y no desde modelos o instituciones importadas.<sup>9</sup>

Igualmente, el escritor ejemplifica lo anterior con lo sucedido en Argentina, lugar con el ideal de imitación de modelos extranjeros que originaron una pérdida del idioma y de la idiosincrasia propia del gaucho. Este país ha permanecido con un deseo de ser lo que no es por sugestión, con una aspiración de cultivar y alimentar la razón a través de la visión racional blanca y su imaginario cultural: creencias, comportamientos, conocimientos, entre otros aspectos.

Por otra parte, González refiere otro de los elementos que ha fortalecido a la racionalidad: el arte. El autor narra en *El hermafrodita dormido* sus visitas a los museos, manifestando cómo el arte hace parte de las estrategias para civilizar y dominar el pensamiento, ya que “los turistas que visitan monumentos y ruinas, llevando planos, cámaras fotográficas, guías; todos creen que se están ilustrando y civilizando” (1933, 56). El arte, la arquitectura y la fotografía se convierten en elementos que representan la visión ontológica de la realidad, de lo que hay y existe en el mundo, tomando como base la perspectiva racional del blanco que crea formas discursivas donde plasma su subjetividad, sus formas de conocimiento y de ver la realidad. A través de pinturas, fotos y esquemas,

---

<sup>9</sup> Ver Martí Jose en *Nuestra América* (2005) y Vallenilla Lanz en *Cesarismo Democrático y otros ensayos* (1991)

puede reflejar su grado de civilización y así se vuelven en puntos de referencia para que las otras sociedades imiten. Así lo afirma el autor en esta, después de que Lucas Ochoa (protagonista de *El hermafrodita dormido*) visita los museos en Roma:

La vieja Roma está debajo de la actual. Tumban tres o cuatro casas; cavan unos metros, con mucho cuidado, y aparecen pedazos de columnas, cimientos, pavimentos [...] Aparecen cuadernos de fotografías del monumento y grabados de él tal como debía de ser en su época. “Fotografías del templo tal como está hoy”. “El templo tal como debía ser en los días del Emperador fulano”. Aparecen folletos en que se le describe y se narra su historia. Es literatura que constituye una de las rentas mayores de Italia. Estas cosas, junto con postales y miniaturas en mármol, las venden a la entrada del monumento. (58-59)

Por otro lado, no es posible desconocer la racionalidad como el dominio de las pasiones, ya que para poder lograr ser un sujeto racional, no solo era necesario aprender a pensar sino a controlar y desplazar los deseos o ejercer, como lo denomina González, “la tiranía individual sobre las pasiones” (1933, 91), pues los actos deben estar basados en la razón, pues los cimientos del ser son las ideas y el despojo de los sentimientos. En consecuencia, el sujeto debía luchar contra la escasez, no solo económica sino intelectual y espiritual para lograr el progreso de la nación, ya que era primordial el abandono de sus emociones y el cultivo de su espíritu para imitar el conocimiento de los blancos como única forma de conexión con la naturaleza, el otro y su subjetividad.

Durante el desarrollo de la obra *El hermafrodita dormido* se observa esto con claridad, al evidenciar una constante lucha del protagonista por someter sus apetitos. Tener sexo, amor, beber, fumar, cohabitar, odiar, emitir juicios, entre otros “cadáveres” (como él los designa), conforman el conjunto de elementos denominados como “Excremento pasional”. Así lo declara en el relato: “Terrible curso! La familia me es insoportable porque la amo. Un hombre que ama, es pasional. Hay que romper”(17). Y en este otro apartado dice que “hace tiempos que una fornicación me vale meses de pena moral” (43). De esta manera, se observa cómo el sujeto se convierte en el reflejo de esta acometida contra los “excrementos pasionales” y quizás de aquellos síndromes de degeneración, debilidad fisiológica, anatómica o psíquica existentes en su raza; que en el caso de Lucas Ochoa se habían encarnado, específicamente, en su fuerte deseo de fumar, beber, emitir juicios y su debilidad por las mujeres.

A este conjunto de “excrementos pasionales” pertenecían todos aquellos elementos que se salieran de los parámetros del “ser blanco” y del “ser racional”, que le permitieron al protagonista construirse como sujeto que se identifica con la superioridad de la raza blanca a través del desplazamiento de sus sentimientos y deseos para alcanzar un dominio total del pensamiento y, por lo tanto, la superación de las “taras” que vienen con su raza. En cierta manera, podría expresarse como un ejercicio de negación del cuerpo, tanto en lo físico como en lo emocional.

Por esta razón, la constante lucha del sujeto por controlar su “excremento pasional”, se ve mediada por el uso de técnicas que sustentan su “rehabilitación” en Dios, ente que no necesita del pensamiento porque es la culminación del conocimiento; así se puede evidenciar la presencia de Dios, la cual se hace visible en su cotidianidad: “Como actualmente está entregado a mirar para el cielo” (14). En otro apartado menciona: “Con la ayuda divina vencí eso que me hacía desesperar” (24), y una muestra final de su búsqueda lo cita así: “Cada rato sale a la ventana del Consulado, donde trabaja, mira para el cielo y llama a Dios” (2). Las citas anteriores confirman la importancia de recurrir al ente superior y demandar su presencia con el fin de que su existencia ilumine la construcción de su racionalidad; no obstante, éste será solo el primer paso (técnica) para luchar por el dominio de las pasiones en su vida.

Para profundizar un poco más en estas técnicas que le permitieron a Lucas Ochoa acercarse y conocer más a Dios, considero pertinente mencionar cómo Foucault (1991) enmarca estas técnicas dentro de su estudio sobre la racionalidad de las “prácticas pastorales”, las cuales incluyen objetivos, estrategias, valores y conocimientos que se encuentran sistematizados en cuatro principios: la responsabilidad analítica, la transferencia absoluta, la inversión del sacrificio y la correspondencia. Particularmente, es curioso poder ver cómo estas técnicas se pueden utilizar y aplicar a un sujeto “moderno”.

En este caso, se enfatizará en el primer principio, donde Foucault, citado por Santiago Castro en su obra *Historia de la gubernamentalidad* (haciendo referencia a la relación existente entre gobernante- gobernado) considera necesario el uso de dos técnicas que le permiten a los sujetos “conocer a fondo sus debilidades y fortalezas, sus pecados y virtudes”(2010(b), 98). Para Foucault, el examen y la dirección de la conciencia se

convierten en las técnicas para lograr que gobernantes conozcan a sus gobernados, pero indistintamente se vuelve una forma de conocimiento y de gobernación de sí mismo. La primera de ellas busca “medir y calcular los progresos espirituales”, mientras que la segunda “corrige o fortalece el carácter”.

Lo anterior quizás explica cómo la técnica del examen (denominada así por Foucault) le permite a Lucas Ochoa en *El hermafrodita dormido*, primero, observar directamente sus debilidades y fortalezas, por medio de una continua evaluación de sí mismo. Así lo cita: “Hace dos horas y un cuarto que no fumo, pero emito juicios. No puedo detener el cinematógrafo interno tan vulgar como el mundo en que vivo.” (16). Segundo, hacer seguimiento a sus acciones, lo cual se ve reflejado en la constante reflexión sobre su pensar y actuar: “Después de una semana volví a fumar. La culpa fue del método, pues no reprimí el carácter, no inhibí la ira y los pensamientos tristes. ...”. (18). Y finalmente, identificar las falencias en su construcción espiritual: “Hoy me va a ayudar Dios. Comencé a no fumar, no juzgar y no airarme. Sobre todo que los sentidos no juzguen...”. (19). Las citas anteriores permiten evidenciar la presencia y uso de esta técnica que permite un cierto control sobre el cuerpo del personaje, en la obra de González.

En cuanto a la dirección de la conciencia, Lucas Ochoa interviene dichas dificultades a través de métodos rigurosos que no solo le permitirían el desarrollo del pensamiento sino la superación de las debilidades encarnadas de su raza. Un ejemplo particular del “método”, puede verse en los pasos seguidos para superar el “excremento pasional”, al ser detectado, después de lo que Foucault denomina el examen: “El 4 de agosto enterré al pie del árbol del jardín un papelito con la promesa de no enojarme durante un mes. Los hijos y la mujer me rogaban cambiar lo de no fumar por no enojarme...” (1933, 12). Este fragmento, no solo evidencia una práctica pastoral de examen sino de direccionamiento de la conciencia a través de la facultad para olvidar propia de los sujetos racionales, representada en el soterramiento de sus pasiones. De ahí que enterrar el papel simboliza la muerte y exterminio del excremento pasional y, por lo tanto, representa la capacidad de olvidar aquello que se desea para irrumpir en la perfección. Así mismo es importante anotar la relación del lugar donde se entierra el papel (“al pie del árbol del jardín”), con la acción misma, pues el árbol representa la naturaleza y, como se vio en los párrafos iniciales, ésta

personifica el vínculo directo con Dios y se transforma en una forma de mediación en la comunicación con ese ente superior.

En este sentido, la educación se convierte en la mejor forma para preparar tanto el cuerpo como el espíritu, para alcanzar el dominio de las pasiones, la conciencia y el “lograr ser bueno”, con el propósito de ascender en el encuentro con Dios. González, compartiendo el pensamiento de Libardo López, Alfonso Castro y Laurentino Muñoz, considera que “Todo, familia, sociedad y Estado, es un medio para el progreso del individuo” (González, 1933, 89), y estos estamentos deben garantizar una educación que forje el carácter fuerte para la lucha, la conciencia social del hombre, el orgullo, entre otros elementos que encaucen la libertad del hombre, lo vigoricen y hagan más fuerte la raza; pues para el brujo de otra parte “los métodos psicológicos son los que hacen bueno al hombre: educar, estimular, sugerir...”(1933, 86). Por lo tanto, el progreso nace como fruto de una actividad individual y colectiva, centrada en las mejoras de las razas, la educación y un fuerte rol del Estado, quien debe preocuparse por trabajar y superar la miseria biológica, fisiológica, espiritual y económica, que presenta el país para convertirlo en una nación poderosa que se distinga por su capacidad mental, material y ética.

Así, los saberes del blanco se encontraban vinculados con la razón cartesiana, la conformación de la espiritualidad y la dominación de las pasiones a través del uso de técnicas que dirigían, gobernaban, intervenían y direccionaban el cuerpo para poder constituirse como sujetos racionales.

En resumen, González, destaca de la raza blanca su facultad para dominar el pensamiento y, por ende, el surgimiento de las pasiones, a través de fundamentos religiosos y metódicos. Igualmente resalta la capacidad de acercarse y comprender a Dios por medio de prácticas racionales, como el olvido, que permite superar las deficiencias de la raza y limpiar su propio origen con las visiones, ideologías y conocimientos de la raza blanca. Finalmente, propone una técnica para suprimir los elementos vanales y los “excrementos pasionales” para acercarse al ideal de la raza.

## “El Hombre Natural”

Como se viene desarrollando en el apartado anterior de manera general, es evidente que el conocimiento proveniente de Europa o “de los blancos” era visto como superior respecto al producido y transmitido por los descendientes aborígenes o los africanos negros, pues el conocimiento indígena, específicamente, era considerado desprovisto de un fundamento epistémico que le otorgara mayor credibilidad y validez universal. Por lo tanto, el conocimiento de ellos era catalogado como no “racional”, pues no se basaba en verdades científicas y comprobables, sino en “satisfacer sus propias pasiones” (Castro, 2010(a), 199). Según lo analizado pareciera que Santiago Castro Gómez afirma que a partir de esta ausencia de objetividad se clasifican y se despojan a los sujetos de la racionalidad, pasando a ocupar un lugar subordinado en el espacio social. Sin embargo, otros autores como Hernán Arboleda afirman que la credibilidad en la raza aborígen podría “remediarse por su blanqueamiento, por emulación de la inteligencia o civilización de los blancos” (81).

Así mismo, a esta supuesta tendencia de degeneración cognitiva y moral en la que vivían los indígenas, se le adicionaba una serie de caracteres que contribuían aún más en la construcción degenerativa de la raza aborígen, como las enfermedades causadas por las costumbres de malos hábitos alimenticios, la ausencia de normas de higiene y de ciertas determinaciones geográficas.

Para González, las características que distinguen a un aborígen están enmarcadas en la mesura y la astucia, cualidades que se encuentran fuertemente ligadas con la habituación al medio, el respeto por las pasiones, la invocación de la esencia de las raíces, la restitución y autoexpresión de su ser, el odio a la violencia, la paciencia y la hospitalidad ante el extranjero.

No obstante, El brujo de otra parte manifiesta en sus obras algunas máximas contradictorias que se presentan entre el dominio de las pasiones, un auténtico método para controlarlas y una inevitable autoexpresión de su ser indígena desde el mestizaje. A continuación se pretende establecer las relaciones de distintos elementos que han influido en la construcción del ser indio desde un discurso eugenésico, propio del contexto donde se desarrolla la vida de los personajes de sus obras.

Siguiendo sus trabajos literarios, Lucas Ochoa, protagonista de *El hermafrodita dormido*, se convierte en la representación de aquel ser que lucha contra la enajenación y la reivindicación de su ser e identidad en un contexto totalmente ajeno a él. Sin embargo, su proceso de “egoencia” es alterado inicialmente por el deseo de querer ser lo que no es, pues a través de distintas acciones se evidenciaba la aceptación y la imitación del “ser blanco”; por ejemplo, consideraba que “el alma humana no se manifiesta sino en la libertad externa y por medio de la tiranía individual sobre las pasiones” (91). Es decir, que para superar la degeneración de su raza debía no solamente limitar sus pasiones, sino debía tiranizarlas, controlarlas y dominarlas para lograr el desarrollo y auge del “ser racional”, tan anhelado por los suramericanos.

En efecto, como se desarrollaba en el apartado anterior, se evidencia en las obras de González una compleja red de acciones, métodos, conocimientos y valores que conforman las prácticas y las subjetividades racionales de los sujetos, pues en éstas no solo evidencia un fundamento para superar las pasiones en un ente superior religioso, sino en la conformación de métodos que le permitan aproximarse a la raza blanca y limpiar “de cierta manera” su propio origen. No obstante, en otros apartados Lucas Ochoa manifiesta el vacío del ser humano ante la ausencia de las pasiones. Así se refiere en la obra después de que el protagonista entierra los cigarrillos “al pie del árbol del jardín”, junto a su hermano, como forma de solicitar ayuda divina para proseguir dominando dicho “excremento pasional” vinculado con fumar y juzgar: “JULIO, 30. —Enterrados siete cigarrillos. Mi hermano Jorge también resolvió comenzar. Lo hicimos a las tres y son las diez y estamos como huérfanos.” (19). El abandono de estas pasiones, lleva a Lucas Ochoa a comparar esta situación con la de los *huérfanos*, palabra que destaca la falta de algo o la ausencia de un ser (padre o madre) en su vida. González hace uso de este recurso metafórico para expresar la soledad, el vacío y la ausencia de aquellos componentes que hacen al hombre una unidad, conformado no sólo por la razón, sino por un conjunto ilimitado de sentimientos, emociones, deseos e impulsos. De ahí que Lucas Ochoa manifieste continuamente su arrepentimiento por abandonar aquello que le gustaba y disfrutaba tanto, reflejándolo como debilidad en su vida: “¡Me mata la pasión de juzgar! Fue uno de los momentos más débiles de mi vida.” (22). Sin embargo, más adelante afirma sobre su adolorida acometida contra las pasiones: “Me duele aún no haber juzgado y fumado” (22). La contradicción entre el

dominio de las pasiones y el desarrollo del pensamiento, lo llevó a andar muchos caminos que presenciaron la lucha entre sus acrecentadas visiones racionales y su valiente espíritu mestizo.

En consecuencia, la vida de Lucas Ochoa en *El hermafrodita dormido* fue producto de una dicotomía entre dos posturas: el deseo de ser blanco, de una raza superior (enterrar papelitos como símbolo de dominio del “excremento pasional”, mirar al cielo en búsqueda de conexión y comprensión de un ente espiritual) y la continua autoexpresión de su origen y de su ser mestizo. En cuanto a la primera postura, se observa la lucha constante por dominar sus deseos dentro de un contexto que lo permea y lo invita a trabajar en la constitución de su racionalidad, logrando evoluciones frente a ese grupo selecto de “excrementos pasionales”:

La única conquista que puedo contarte es que ya me *dan asco las mujeres*. Con la ayuda divina *vencí eso que me hacía desesperar*. Si vieras las sensaciones tan raras que tengo al ver cuerpos de mujeres en la playa. Es muy raro. No sé explicar. Es un complejo en que hay sensación de larvas inmensas de coleópteros, trompas retráctiles de elefantes, abdómenes de insectos. En fin, creo que se trata de la intuición del alma fisiológica, el alma de la carne, el deseo de encarnar. (24)<sup>10</sup>

La conquista ante este “excremento pasional”, simbolizado en el “asco ante las mujeres”, demuestra una vez más la victoria de la razón sobre las pasiones, pues como Castro Gómez (2010(a.), 101) afirma esta lucha contra la dominación de las pasiones no solo intentaba eliminar la voluntad, sino combatir aquellas fuerzas que pudieran esclavizarla, en este caso, mortificando el deseo carnal o fisiológico de un cuerpo por otro hasta destruirlo. Así mismo, las sensaciones generadas al ver el cuerpo de mujeres en la playa se traducen en sentires representados en animales como los coleópteros, elefantes e insectos, caracterizados por su completa irracionalidad y vinculados con la “intuición del alma fisiológica o de la carne”, como si de cierta manera la carne estuviera ligada con las pasiones y al esclavizar éstas surgiera un deseo de “encarnar”, de desligar y liberar el alma racional de ese cuerpo pasional, buscando un nuevo y adecuado sitio donde posar este espíritu regenerado.

---

<sup>10</sup> Las cursivas son mías.

De la segunda postura, queda el rezago de un ser vacío ante la ausencia de las pasiones y una nueva posibilidad de recrear y volver a su origen mestizo, negando la blancura de sus acciones y pensamiento. Con la imposibilidad del olvido y el orgullo de un renacer, se constituye la “autoexpresión” del ser mestizo y de sus raíces aborígenes. Es por esto que Lucas Ochoa, después de luchar constantemente por dominar sus pasiones y alcanzar el conocimiento tan envidiado de los blancos, termina reivindicándose con sus raíces, su origen y su pueblo. Así lo afirma: “Y comienzan los jardines a llenarse de estas flores italianas tan amarillas, tan rojas, tan verdes, tan de un solo color. Aquí me he reconciliado con el amarillo” (González, 1933, 39). La reconciliación con el amarillo expresa en primera medida la lucha continua de Lucas por erradicar y olvidar su origen mestizo en un contexto europeo que sugiere la superioridad de la raza blanca, transformada en la consolidación del dominio del pensamiento y la cercanía con un ente superior. En segundo lugar, la palabra “reconciliación” manifiesta la concordia y la restauración de la amistad entre dos partes, lo que él es y lo que debe ser, evidenciando al fin una aceptación por la composición de su ser mestizo y la autoexpresión del complejo rompecabezas de sentimientos y conocimientos que constituyen su “ser hombre” en un contexto suramericano.

De ahí que reconozca la anchura y la inocencia de sus tierras y la excesiva hospitalidad de sus habitantes. En cuanto al primer aspecto, González afirma: “[...] en Colombia, es más bello el cielo. El suelo y el cielo. Hay montes de verdad, casas verdaderas, comida sana, frutos recién cogidos, leche con la crema.” (39). Y del segundo, expresa su inconformidad por el exceso de servicialidad y acogida con los extraños:

Nosotros somos hospitalarios hasta la bobada. Un pequeño ejemplo es nuestra ley sobre visa de pasaportes, que está basada en la reciprocidad; gratis a italianos y suizos, porque así lo hacen ellos; pero Italia y Suiza son países de turismo; les conviene que vengan por aquí a pasear. A nosotros ¿qué nos ha de convenir que vayan buhoneros italianos a traficar en nuestros pueblos?... Somos muy inocentes. Nuestros países de Suramérica se están llenando de la hez de la Tierra. Cuando leo la Prensa de allá, me quedo repitiendo: somos inocentes hasta la bobada; somos inocentes, pero aún no estamos pervertidos completamente.(34)

Al ser Colombia y los países suramericanos pueblos con raíces indígenas, se observan cualidades propias de esta raza, caracterizadas por el respeto al otro y la

fraternal acogida de los seres ajenos al lugar; es por esto que muchas de las culturas indígenas brindan elementos de su cotidianidad, como la chicha, simbolizando formas de bienvenida, recibimiento y de apertura al otro. Sin embargo, este tipo de vivencias son aprovechadas para discrepar sobre la sabiduría y la inocencia indígena. Por su parte, González aclara en *Mi Compadre* que “el indio no es hablador, impulsivo ni asesino” (117), por lo tanto, odia la violencia hacia cualquier ente vivo, llámese humano, árbol, animal u otro ser. El autor considera que “nuestros antepasados no opusieron la violencia a los conquistadores, sino cuando éstos comenzaron a matar y robar” (117). En este sentido, el autor asevera la poca audacia de los pueblos suramericanos que en pro de la acogida aceptan todo lo que llegue, sin filtros, pactos o acuerdos que les permitan beneficiarse de los encuentros mutuos e inmigraciones programadas.

Por esta razón, González continua en su obra afirmando que el indio suramericano es “el órgano de la comunidad y de su país” (1994, 35) propio para gobernar, porque tiene la intuición y el conocimiento del medio. Posee las facultades de percibir los secretos de las selvas, llanuras, montañas, senderos. No obstante, al ser un conocimiento “connatural”, es decir, “sabe muchas cosas, pero no se da cuenta de que las sabe” (1994, 35), es necesario la conciencia del mismo para lograr una apropiación, posesión y dominación de su pensamiento. Al respecto, el envigadeño resalta la importancia del contexto en la construcción del ser, en donde el indio es la raza que tiene la habituación al medio, pues mantiene una comunidad con las fuerzas elementales de la naturaleza y posee la sabiduría del continente. Según González, “Un hombre no sirve sino cuando está en relación con las fuerzas que presiden a la evolución [...] Tiene que tener sangre india en sus venas, porque ella es la aclimatada” (1994, 96). De ahí que los aborígenes se destaquen por ser los “Padres de Suramérica” (1994, 121), pues conocen, recorren y vadean los ríos, cogen el pescado sin violencia, saben qué plantas usar para curar, oyen los ruidos lejanos en la selva y otros tantos manifiestos de ese vínculo y conexión con la madre tierra y con todo lo que esté sobre ella, mostrando cómo la naturaleza se encuentra conectada con el linaje, con los principios y la visión de su cultura.

Por otra parte, reconoce en *El hermafrodita dormido* que el excesivo uso de adornos y la barroquísima galantería de los blancos europeos estaba muy relacionada con la pureza

de la sangre y la superioridad de la raza: “En fin, es el mes del amor, pero las mujeres no se entregan sino al que tenga plumas, penachos, sombreros en ángulos. Aquí no importa sino el color; el coito es unión de colores.” (1933, 39). Para Lucas Ochoa las relaciones, ya sean sexuales, políticas, culturales o sociales entre seres humanos dependían del “color” y por ende éste se convirtió en el principal parámetro para el mestizaje. En consecuencia, en la mezcla debían prevalecer aquellas características que constituían subjetividades superiores, privilegiando la limpieza y la supremacía del linaje. En este caso, el “coito” no solo respondía a un deseo o placer carnal sino a un acontecimiento matizado, un encuentro entre colores que promovía la perfección y el progreso de la raza; y al mismo tiempo limitaba cualquier tipo de ausencia que provocara decadencia cognitiva o moral en la sociedad.

De igual manera, González invoca en *Mi compadre*, en reiteradas ocasiones la ayuda de la raza india (Padres míos) para fortalecer la “egoencia” del pueblo suramericano, con el propósito de alejarlo de la imitación y la apariencia, ese deseo de ser lo que no son. Así resuena en las palabras del autor:

Padres míos, que estabais unidos a Suramérica y a su Dios como la pulpa del coco a su envoltura, libradme del mulato y del blanco que no saben de dónde vienen y para dónde van. Libertadme de ellos, que tienen aquí cosas que no han trabajado: aeroplanos, buques, inalámbrico, literatura... Nada han parido y nada han injertado a la vida suramericana.(1994, 121)

Y en un apartado posterior, utilizando un término de la propuesta de Martí, exhorta: “Vuestra sangre servirá para el injerto. Invoco vuestra sangre, padres indios. En Venezuela sonrío la aurora; allí comienza vuestra conciencia a injertar la civilización que nos precedió en Oriente a la olvidada y despreciada de Suramérica”.(122). Aquel “injerto” se constituirá en la conformación de un nuevo ser que tendrá necesariamente sangre india en esta mezcla. Así mismo, el autor suplica por la conservación de la esencia de las raíces y la elevación de los sujetos desde su pueblo y su gente, recurriendo a la presencia de Bolívar en Suramérica, un territorio ultrajado, sugestionado e imitador. En palabras de El brujo de otra parte: “¡Qué cochinos son los blancos y mulatos de Suramérica, que la han vendido, que la están vendiendo...! ¡Oh, Simón Bolívar, que la sangre india venga pronto a darnos conciencia de nuestro continente, ideales, literatura, alegría!”(113)

En suma, la mesura y la astucia del indio se encontraban ligadas a una racionalidad distinta al blanco, pues la fuente de su conocimiento era la intuición o lo que González denominó “conocimiento connatural”. Este saber le permitía consolidar un vínculo con la madre naturaleza, el cual constituía de cierta manera su espiritualidad. Sin embargo, su cuerpo no presentaba control o intervención, pues para ellos las pasiones se conformaban en un eje vital para la acción del conocimiento ancestral, quizás como muestra de la aceptación de su cuerpo y reconocimiento de su realidad, mientras que para la raza blanca era la “tara” que se debía curar.

Finalmente, González, a través de Lucas Ochoa en *El hermafrodita dormido* recorre un camino de lucha constante contra las pasiones por medio de métodos persuasivos para lograrlo; de ahí salta al vacío de un ser sin pasiones y en plena autoexpresión de su ser a través de la “egoencia” que le permite hacer visible su origen y reivindicarse con sus raíces mestizas, reconociendo que “Pocos son los que se han apropiado su propio cuerpo, su Patria, el mundo, el Universo [...] A Colombia he llegado a poseerla mucho; me parece que mis ramales nerviosos se prolongaron por su ambiente” (124). Para González, las características mencionadas durante este apartado se manifiestan en la mesura y la astucia. Así, la habituación al medio, el respeto por las pasiones, la invocación por la esencia de las raíces, la restitución y autoexpresión de su ser, el odio a la violencia, la paciencia y la hospitalidad ante el extranjero son expresiones de dichas cualidades.

## **La impertinente pinta negra**

Hasta este momento se ha realizado una aproximación a la constitución de la cartografía racial, constituida por la raza blanca y aborígen desde una mirada gonzaliana, desde la cual se ha reconocido algunas características propias que diferencian unos de otros. En el caso de la raza negra, ésta se convirtió en un elemento problemático para las dinámicas raciales. Según Alfonso Castro (1920) en su texto *Degeneración colombiana*, la raza negra vino del África a contribuir ante la necesidad europea de encontrar un producto más resistente para

el agobiador laboreo de las minas. Es decir, partiendo de su gran fuerza corporal, se iniciaron esfuerzos por combatir su influencia en el medio cultural y biológico.

En las obras de Fernando González, la raza negra es apetecida para la construcción del nuevo sujeto por su capacidad de “impertinencia”, evidenciando en varios apartados y obras de la época este marcado rasgo de comportamiento y del ser negro. Al revisar la definición que propone la Real Academia frente a este término, se obtiene que es un apelativo: “Que no viene al caso, o que molesta de palabra o de obra” o “Excesivamente susceptible, que muestra desagrado por todo, y pide o hace cosas que están fuera de propósito” (2015).

Teniendo en cuenta estos significados, se inicia un rastreo en la obra sobre aquellos actos, comportamientos o actitudes que molestan, que están fuera de propósito con el fin de intentar aproximarse a la construcción de la impertinencia del negro. Sin embargo, al indagar en diferentes fuentes de los discursos de la época, no se encontraron rasgos teóricos que hablaran sobre la impertinencia o calificaran con éste al negro, lo que no quiere decir que en otras obras de literatura se encontrara que la impertinencia es un apelativo que se utiliza para describir algunos de sus comportamientos; al respecto, podríamos citar a Eduardo Zalamea, quien al comentar sobre su estancia en Cartagena descubre la presencia de “negritos impertinentes”(2014, 30)

En las siguientes escenas literarias, propongo ver la impertinencia no como un acto de indignación o desagrado, sino como un componente más bien propicio de movilidad<sup>11</sup>, relacionado con la desterritorialización y la decodificación en términos de adaptabilidad del negro ante lo moderno, pues la pinta negra podría convertirse en el elemento que podía irrumpir en los cánones tradicionales, actuando, hablando, manifestando o proyectando su ser en diversos contextos sociales, culturales y económicos. A continuación, se evidenciará cómo para González la “impertinencia” se transforma en un elemento de movilidad

---

<sup>11</sup> Término usado por Santiago Castro Gómez en su obra *Tejidos Oníricos*, el cual define como “el proceso a partir del cual, la vida social empieza a descodificarse en todos sus aspectos [...] en una permanente desterritorialización” (2009, 13) “Moverse” significa, entre otros, romper con los códigos tradicionales y las formas que constituyen la subjetividad del ser desde las estructuras coloniales. Castro Gómez vincula el término “movilidad” al capitalismo y al manejo de los recursos capitales por parte de las élites en vías de la industrialización. Sin embargo, en el presente trabajo no se utilizará desde esta perspectiva.

heterogénea, pues se manifiesta fluctuante y como mecanismo de resistencia en los distintos roles de la vida del negro como esclavo, guerrero o lacayo, quien irrumpe en esos campos discursivos tradicionales blancos. Lo ve así como algo que evidencia una forma particular de adaptabilidad ante las circunstancias contextuales.

Al respecto, González afirma en *Mi compadre*: “En aquella época se amaba mucho la oratoria y los suramericanos han sido fuertes para redondear períodos: la pinta negra produce una gran capacidad de impertinencia en las actitudes. Cuando un suramericano es orador, tiene armoniosos tejidos adiposos y musicalidad en los movimientos”. (1994, 87) La oratoria era una de las tantas virtudes asignada a los habitantes de las grandes metrópolis. Una de las ciudades más representativas de esta idea era Atenas, la cual se constituía para Castro Gómez como “una ciudad estática y señorial, asiento de filósofos y poetas como lo habían querido las élites letradas” (2009, 16), ligada al desarrollo de ciertas competencias propias de los blancos. Sin embargo, como podemos ver en la cita de González, la “impertinencia” del negro genera una ruptura dentro de este campo, ligado a los tradicionales valores blancos, maestros en las artes, letras e Historia, apropiándose de actos particulares de ellos y cambiándolos con rapidez. De ahí que en ese tiempo en Venezuela, según González relata en la obra *Mi Compadre*, existieran oradores mulatos en abundancia como es el caso del Dr Raimundo Andueza, en quien no relucía solamente lo que decía sino la voz y los gestos armoniosos y vitales con los que acompañaba sus discursos. Dichas cualidades evidenciaban en la pinta negra una serie de rasgos que demostraban la soltura y movilidad que les permitirían generar un nuevo ser latinoamericano ideal.

Así mismo, la irrupción de este componente negro en el campo discursivo tradicional blanco se vuelve a evidenciar en Venezuela donde “[...] el venezolano no rebaja de coronel: es la impertinencia de la pinta negra.” (171). Ser coronel no solo implicaba para los blancos un posicionamiento social y militar sino también un reconocimiento de las aptitudes propias de su raza para desenvolverse en batalla; por lo tanto, al tener el negro la posibilidad de escalonarse al igual que cualquier blanco, éste generaba una cierta infiltración (movilidad) en las políticas que solamente habían sido constituidas para el ser blanco como ejes fundamentales dentro del orden social, cultural, económico y religioso.

Nuevamente se observa al negro apropiándose de los roles y capacidades propias de los blancos, retando y demostrando la adaptabilidad una y otra vez, que tenía ante el mundo circundante.

Por otro lado, podemos analizar otro aspecto que surge durante la conquista, tiempo en el que se manifestaba cierto rechazo hacia los negros basado en el color de piel y, por lo tanto, existía una contraposición ante la celebración de un matrimonio entre blancos y negros, pues iba en contra de los parámetros sociales y culturales, ya que la pinta negra era rechazada biológica y moralmente para la mezcla por ser inferior. Sin embargo, las negras e indias eran acechadas en la noche por blancos y criollos con el fin de responder a su necesidad sexual, pues el negro fue introducido en un número exagerado, y la manera como las negras fueron prostituidas, origina los hijos con una conciencia del *pecado*, de deshonra y sentimiento de inferioridad. Así lo afirma González en sus *Cartas a Estanislao* (1935): “Mataron a los machos, y se acostaron, al escondido, con las hembras, y así apareció la raza *hija de fornicación*, o sea, que vive en conciencia de pecado, temerosa, sintiendo inferioridad; raza que *se cubre*, que pide documentos para cubrir sus actos. Raza que antes de obrar medita en el modo de comprobar que sus actos fueron *legítimos*.”(67).

De acuerdo con lo anterior, el ejemplo de la movilidad de los negros se evidencia en algunos apartes de las obras donde surge cierto discurso “racista” frente al mestizaje con la raza negra, ratificando una vez más, el rechazo hacia el origen de esta cultura que impartía inferioridad en la mezcla; es el caso particular que relata González sobre Felicia (sobrina de Bolívar), quien es obligada a casarse con Laurencio Silva, un hombre negro de nacimiento:

Aun en su vejez, cuando había tenido muchos hijos de Silva, quien había asistido a la muerte del Libertador, había vencido a Páez y estaba ciego, no podía conformarse con que Bolívar la hubiera casado con él. A su ahijado, el niño Luis Agostini, que le pedía confites, le preguntaba: “¿Dónde está mi tío Simón?”. “En el cielo, madrina” “No te doy confites, porque tío Simón está en el infierno, por haberme casado con este negro” (1994, 55)

Con la expresión “*Este negro*”, Felicia manifiesta su repugnancia hacia su cónyuge negro, basando sus apreciaciones sobre el color de piel y sin reconocer las pomposas virtudes para la batalla. En este sentido Felicia, es un personaje que representa el discurso de una época crucial de rechazo hacia la constitución de prácticas diferentes, ligadas a la racionalidad blanca, develando claramente que ni los títulos, ascensos o grandes

capacidades podrían ocultar la inferioridad de aquel ser ni de su color; pertenecer a la raza negra se convertía en un sello irrompible e imborrable para desenvolverse en una sociedad que juzgaba y despreciaba el color negro y todo lo que lo conformaba. No obstante, la impertinencia aparece cuando el sujeto “impertinente” logra instaurarse en una posición social superior y cambiar su estatuto dentro de la sociedad, gracias a sus cualidades para la guerra, irrumpiendo en un campo discursivo con valores e ideales “blancos” de tradición, con sus aptitudes y su distinguido honor en la batalla, demostrando la adaptabilidad para enfrentarse al mismo.

Del mismo modo se observa en *El hermafrodita dormido*, al reconocer la fortaleza física y mental del negro para afrontar cualquier adversidad y, en especial, ciertas habilidades para la guerra como la agresividad y decisión para enfrentarse ante el enemigo, surge un nuevo elemento de movilidad, específicamente ante el blanco patriota que resistía: “ Los esclavos y negros que con Boves defendían a Fernando VII, les gritaban a los blancos patriotas que iban en derrota en el año 14: “No se mueva, mi blanco, porque me tuerce la cuchara”. (Así llaman los llaneros a la lanza). Querían decir que se torcía la punta de ésta si la víctima rebullía, al hundírsela.” (22)

Al respecto, es importante resaltar que esta fuerza estaba muy relacionada con la irrupción dentro del campo blanqueado y regido por los principios burgueses. De ahí que en la cita anterior, se pueda observar la “impertinencia” (movilidad) del negro con su comentario poco apropiado para el momento de la acción ante la batalla. Se denota fuera de propósito el hecho de que se mostrase más preocupado por la lanza y su torcedura a la hora de hincarla sobre el oponente, que por defender a su amo o su vida. Mientras para el blanco la batalla estaba relacionada con el honor y la adquisición de un status social, la muerte de sus enemigos representaba el ascenso y posicionamiento militar y social, mientras que los negros eran solo herramientas que permitían cumplir con esa meta de conquista y territorialización. Sin embargo, pareciera que para los negros no representaba un acto honorífico y de gran importancia, ya que no compartían los propósitos y los ideales del ser blanco, pero evidenciaban desde ya la actitud y aptitud para aprender y desenvolverse en este campo con fluidez.

Así mismo, los negros solían desempeñar en la sociedad roles de esclavos debido a la vivencia propia de características como la lealtad, servicialidad y sumisión frente a las órdenes de sus amos, esto se ve reflejado en el quehacer de las damas negras que se encargan del servicio doméstico y del cuidado de los hijos de sus amos: “La belleza tiene su reino, como repetía Rosario, la negra que crió a mis hijos” (1933, 62). En este sentido, la cita anterior refleja dos aspectos: el primero rescata la impertinencia de las palabras dichas por la negra, causando una nueva movilidad en un discurso blanco, pues según Castro Gómez (2009), “el conocimiento producido por las poblaciones negras era tenido como dóxico, mítico, incluso demoniaco e inadecuado para las necesidades actuales del país” (42). Al ser incluida una cita propia de un negro (que al parecer se repetía continuamente), simboliza la impertinencia de su “sabiduría”, ya que la negra se reconoce como un sujeto que marca la diferencia en un contexto permeado por el conocimiento blanco y, se convierte en un elemento para construir ideales y puntos de vista sobre temas específicos, a pesar del rechazo que existía hacia este tipo de conocimiento que debía ser dejado atrás para que surgiera el europeo. A través de la expresión “La belleza tiene su reino”, fue transmitida “esta sabiduría” y se tenía en cuenta como discurso y síntesis de un conocimiento formal para referirse a los sentimientos y emociones que evocan las obras de arte (Venus de Cirene, el Apolo de Belvedere y el Moisés), constituidas como grandes prototipos de belleza.

En cuanto al segundo aspecto, se podría marcar la construcción sintáctica de la oración, ya que se evidencia una exaltación del color de piel de Rosario, quien repetía la expresión “la belleza tienen su reino”, por medio del complemento “la negra que crió a mis hijos” (1933, 62). En esta segunda parte de la oración se puede evidenciar la posición social de Rosario, la cual iba ligada directamente con su color de piel. Sin embargo, al poder expresar su sabiduría, irrumpe doblemente el espacio blanqueado por medio de su color de piel y de su rol social.<sup>12</sup>

---

<sup>12</sup> Es importante revisar cómo el negro se puede adaptar a distintas situaciones entre las que se puede mencionar el uso como adjetivo calificativo. Un ejemplo en la obra se podría estudiar a partir del siguiente apartado: “Viterbo es cerca de Roma y allá tienen a la santa, sin narices, las manos secas, toda ella seca y *negra*, con los dientes como proa, pues no hay labios, y rodeada de exvotos” (1933, 60) El atributo *negra*, es símbolo de “impertinencia”, pues a pesar del color que adquirió dicho cuerpo, se permitió seguir exhibiéndolo

En efecto, el saber de la pinta negra se relaciona con el ingenio para la elocuencia y la adaptabilidad ante un contexto, el cual le genera la necesidad de superar un cuerpo estático y fijo e inclinarse por la veneración espiritual del cambio y del medio que le exige desenvolverse de diferentes maneras, ajustándose a las tendencias sociales, culturales, económicas, religiosas u otras de su nación. Su aporte se enmarca en la consolidación de la metamorfosis de un sujeto ideal latinoamericano que enmarca claramente una facultad de ductilidad ante el espacio geográfico e histórico establecido.

En resumen, a partir de los ejemplos anteriormente destacados es posible aproximarse a un concepto de la “impertinencia” negra, la cual actúa fuera del sistema social, cultural y social en el que está inmerso, evidenciando acciones que no son consecuentes con la racionalidad y la práctica de valores propios del espacio y el tiempo en que se desenvuelven. En consecuencia, sus acciones se veían fuera de propósito, en conclusión, “impertinentes”. Para Fernando González, la “impertinencia” de los negros se convertía en una cualidad ideal para la construcción del nuevo sujeto que le permitiría desterritorializar los elementos propios de la raza latinoamericana y responder a la necesidad de la época moderna inscrita en el marco histórico, demostrando su adaptabilidad.

Para concluir este capítulo, es necesario partir de los elementos descritos para aproximarnos a la construcción cartográfica del saber racial de González facilitando la configuración de las categorías que han tenido gran influencia en la consolidación de su pensamiento. En efecto, la imaginación creadora del blanco, la mesura y astucia del indio y, la impertinencia del negro serán la base sobre la que se consolide la propuesta racial de “El gran mulato, aquel ser que fusionará estas cualidades e irrumpirá con “egoencia” en América Latina.

Sin embargo, la movilidad no es exclusiva de la raza negra. Castro Gómez (2009) ha mostrado que el conocimiento producido por las poblaciones negras o indígenas era considerado mítico y, por lo tanto, inadecuado para la construcción de las sociedades modernas. Es el conocimiento Europeo o el asimilado por la raza criolla blanca, que articulado con las características de las otras razas que permitirá la vinculación entre raza,

---

en Italia, irrumpiendo un contexto blanqueado que intenta limitar la aparición de dicho color y por ende, de las connotaciones raciales que genera.

progreso y geografía, en la conformación de una población nacional que permita la consolidación del porvenir de la nación.

En este sentido, el saber del blanco o su imaginación creadora es un elemento que moviliza nuevas formas de relacionar, organizar y estructurar la realidad, a partir de los elementos asociados al progreso científico y de las características propias de la población. Al considerar que el saber del blanco debe estar en concordancia con las condiciones específicas de la nación, la mesura y astucia del indio se vuelven elementos preponderantes en el desarrollo de la misma, pues el conocimiento “connatural” de los aborígenes, les permitía conocer el medio, percibir los secretos de la naturaleza y mantener la unidad con ella; en suma, son la raza que tiene la habituación al medio y poseen la sabiduría del continente. Sin embargo, para lograrlo era necesaria la conciencia del mismo para alcanzar una apropiación, posesión y dominación de su pensamiento.

En resumen, González revierte los propósitos de la élite blanca, ya que observa en el negro y en el indio la capacidad de adaptabilidad ante lo moderno, demuestra que son importantes y también pueden moverse de sus tradiciones y fijaciones culturales para sacar provecho del conocimiento que tienen de la tierra o del elemento impertinente. Por lo tanto, la imaginación creadora, la habituación al medio y la impertinencia se articulan en pro de la construcción de un nuevo sujeto que irrumpa con lo mejor de cada una de las razas y se despliegue en los distintos ámbitos sociales, económicos y culturales, lo cual se podría enmarcar en la conformación del Superhombre racial o lo que el envigadeño llamaría el “gran mulato”.

## CAPÍTULO III

### EL SUPERHOMBRE RACIAL DE FERNANDO GONZÁLEZ OCHOA

#### **Suramérica: horno para fundir las razas**

A partir de las obras *El hermafrodita dormido* y *Mi compadre*, González se aproxima a un discurso racial que privilegia Suramérica, pues este espacio del continente americano se convierte en “el teatro del gran mulato; allí es donde la vida tiende a crear la unificación de las razas” (1994, 51). Para González, Suramérica es un espacio que tiene las montañas más altas, el ave que más vuela y el rey de los ríos. Los Andes más jóvenes con abundancia de agua, fertilidad y la energía vitalicia que inunda sus valles permitiendo la fusión de las razas en ese horno donde se da la “aparición de un nuevo español que se prepara allí para asombrar, mezclado con la raza india y una pinta de negro” (1994, 21). Quizás en contraposición de las tendencias nacionales (Colombia) que consideraban la posibilidad de mejorar la raza colombiana por medio de la educación o de las leyes de inmigración, González tenía su esperanza en América Latina como territorio dispuesto para la fusión de las razas.

Para el autor envigadeño no era necesario considerar la inmigración de otros pueblos como lo afirmaban algunos teóricos, (en Colombia Luis López de Mesa o Miguel Jiménez) quienes consideraban que solo con este tipo de políticas se lograría mejorar la mezcla y superar las taras de la raza aborigen; sino por el contrario, el autor pensaba que Suramérica contaba con los suficientes elementos para la conformación de este “Gran Mulato”: “Estas cantidades están listas: Bolivia, Ecuador y Colombia tienen la reserva indígena. En las costas y valles tenemos al negro, y la sangre blanca está lista. No hay necesidad de ninguna inmigración. La hay de caminos y unión entre las partes del continente. Nada más. La Gran Colombia está en bloque” (González, 1994, 90)

Para el brujo de Otra Parte, el deseo de inmigración que surgió en Colombia no era un signo de progreso sino de imitación y falta de “egoencia”, que llevaban como horizonte

quizá la falsa creencia de que la decadencia del pueblo colombiano se superaría al seleccionar las razas dotadas de mejores características físicas y psicológicas para permitirles la entrada al país y, por lo tanto, la mezcla con el habitante propio de este espacio. Por consiguiente, se desconocía la riqueza racial y la existencia del conjunto de elementos propicios para la mezcla de los sujetos colombianos y por ende Suramericanos.

En consecuencia, González deposita su confianza, para la construcción del gran mulato, en el lugar más representativo y original de Suramérica: Venezuela, porque es allí donde en la historia surgen algunas formas de autoexpresión suramericana y el gran hombre que seguirá cercanamente, según González, los pasos del libertador. Para el envigadeño, la historia de Venezuela se resume en tres grandes capítulos: José Antonio Páez, Antonio Guzmán Blanco y Juan Vicente Gómez. El primero se distinguió por un gobierno aparentemente conservador y poco reivindicador del ideal Bolivariano. El segundo se caracterizó por la presencia del liberalismo Europeo que concede el país a los extranjeros. Finalmente, el tercero se destacó por “la sagacidad o la astucia”, pues se consideró un gobierno netamente suramericano, siendo el primer ensayo de autoexpresión de la raza suramericana, ya que su gran importancia se enmarcó en el rechazo de la sugestión de Europa y el reconocimiento de “Suramérica como un espacio mestizo de sangres española e india con pinta negra, y, en Venezuela, única parte en donde ya están completamente mezcladas” (González, 1994, 22).

Así mismo, plantea que en Venezuela se puede evidenciar esta fusión de razas, ya que en otros países como Colombia existen los blancos, negros, indios y mulatos, pero aislados entre sus cordilleras: “Suramérica es enferma. El blanco y el negro son extranjeros aquí. El mulato tiene la irritación meníngea del híbrido. Sólo la sangre india es suramericana y ella dará consistencia al tipo futuro de nuestro continente, a quien llamo el *gran mulato*”(167).

## **El “Gran Mulato”**

Antes de introducirnos en este nuevo apartado, es necesario aclarar el uso del término mulato. Según el diccionario de la RAE, esta palabra define a “aquella persona: Que ha

nacido de negra y blanco, o al contrario” (2015). Este vocablo derivó de la palabra mulo, término aplicado primero a cualquier mestizo, en el sentido de híbrido. Para González, la expresión “mulato” hace referencia no solo a la mezcla de blanco y negro sino a todas aquellas posibilidades que se originen, llámese mestizo, zambo u otro. Al respecto, González aclara: “Entiendo por mulato todo individuo de sangre mezclada.” (52). Es por esto que modifica el nombre de su propuesta y la consolida como el gran mulato adaptado, concepto que enunció en *Mi Simón Bolívar* (1930) y desarrolló posteriormente en *Don Mirócleles* (1932), *Mi compadre* (1934) y *Los Negroides*(1936), afirmando lo siguiente:

Indudablemente Suramérica está destinada a ser la cuna del hombre tipo y unificado, [...] Se fundirán todos los organismos y aparecerá el verdadero hombre, El gran mulato Adaptado. Se fundirán todas las religiones y aparecerá una gran unidad ideológica, unidad de amor y de conciencia.(1976, 34)

Como se había mencionado anteriormente, la propuesta de González considera algunos postulados de los latinoamericanos Rodó y Vallenilla Lanz, pues se aparta de ver la raza desde una mirada exclusivamente biológica (basada solo en el color de piel) y resalta un valor de la cultura desde una perspectiva estética, rescatando las cualidades intrínsecas propias de cada una de las razas para combatir la decadencia de las mismas y así privilegiar la conformación de un ser superior en un espacio geográfico determinado. En efecto, para la construcción de la superioridad se debía prevalecer tanto los rasgos anatómicos como psíquicos, pues de éstos dependían la consolidación de una nueva, mejor y superior raza, basada en su propuesta denominada “gran mulato”, aquel ser, producto de la mezcla de las mejores características y cualidades de cada una de las razas, que superaría el descenso de cada una de ellas por separado.

No obstante, es necesario precisar que a pesar de la visión cultural sobre la raza del envigadeño, no es posible negar del todo el componente biológico que siempre estará ligando cualidades de las razas con colores propios de piel. Por ejemplo, para González (1994) “gran mulato” debería ser el resultado de la mezcla entre imaginación creadora (cualidad del blanco), medida y astucia (cualidad del indio) e impertinencia (cualidad del negro). De ahí que para entender la propuesta del brujo de otra parte” se hace indispensable pensar bien en el vínculo del componente cultural con el biológico antes de ingresar en esta

construcción racial. Sin embargo, ¿cómo contribuyen esta serie de características para la construcción de este nuevo sujeto?

El gran mulato se convertía en la propuesta que contribuiría a ese proceso de perfeccionamiento biológico, moral y cultural, denominado *progreso*, encaminado a la superación de las taras biológicas y psíquicas de los individuos, pues González evidenciaba correlaciones entre los rasgos físicos y psicológicos de cada una de las razas que conformarían el nuevo sujeto. Castro Gómez (2009) lo llamaría el “sujeto patriota”, aquel individuo que no solo se reconoce por los apellidos o títulos de nobleza que llevaban, sino aquella persona capaz de generar riqueza y progreso para el país con esfuerzo y perseverancia. Por esta razón, quizás para Castro Gómez y López de Mesa el mestizaje buscaba la conformación de un ser que engrandeciera moralmente la patria y aportara a la riqueza pública; en el caso de González, a través de la fusión de las razas existentes se contribuía a la constitución de este “sujeto patriota”, aquel ser que acercaba a su país al progreso “cuidando de que predominen las mejores cualidades de cada una, hasta donde ello sea posible y, corrigiendo con una sana política de inmigración los defectos que el cruzamiento espontáneo tienda a hacer perdurar” (López de Mesa, 5). Por lo tanto, González pareciera que se inclinara por una propuesta que lograra la consolidación de un ser que eleva constantemente el nivel de la raza, obtiene mejores y saludables estructuras mentales, consolidando buenos caracteres de los habitantes que exalten y aporten intrínsecamente a la constitución de su país.

Sin embargo, ¿por qué pensar en un gran mulato y no permitir que las cualidades de otras razas pudieran sobresalir dentro de esta mezcla? Para Fernando González la respuesta es clara en *Mi compadre*:

El blanco y el mulato (blanco y negro) son netamente europeos, viven vida europea. Aquél, naturalmente; éste, con exasperación meníngea. El cruce de blanco y negro da un producto amplificador, exagerado y falso. El mulato promete mucho y nada cumple, es jactancioso, impertinente y perdido para el acto, a causa de tanta palabra. Tiene la pereza del negro y la jactancia del blanco. El mulato no sirve... (90)

Es por ésto que para él no era suficiente una mezcla simple, sino combinar lo mejor de la razas para la consolidación de un nuevo ser que pudiera afrontar las necesidades

propias del contexto en el cual se encontrara inmerso, fusionando las cualidades superiores de cada una de las razas y conformando un ser excepcional que representara la “egoencia” del pueblo latinoamericano.

Al proponer dicho ideal, González reconocía que la constitución de este nuevo hombre implicaba la formación de nuevas costumbres, nuevos gobiernos y una nueva civilización. El gran mulato se convertía en una promesa de autenticidad y “egoencia” latinoamericana. Así lo manifestó Manuelito Fernández (personaje que representa a González) en la “Conferencia de Aranzazu”, en su obra *Don Mirócleles*, publicada en 1932, cuando se le preguntó sobre si el mulato era una promesa:

Os contestaré que abandonados al cruce entre ellos, al acaso, sin inmigración, tienden al anonadamiento. Pero que efectuando el cruce de modo que presida la ciencia, inyectando sangre negra y blanca en dosis determinadas, indudablemente aparecerá la raza definitivamente humana, el *gran mulato*. Suramérica es el campo experimental de las razas. Entiendo por *gran mulato* el producto definitivo que se obtendrá de la mezcla científica de las razas hasta unificar el tipo del hombre. La ciencia debe preocuparse de estos problemas, porque los medios de comunicación están en proceso constante, diariamente aumenta el intercambio y hay que llegar a la unidad racial. ¡Cómo no! ¡*La creación del hombre!* Por ahora no tenemos sino los ingredientes para fabricar el *gran mulato*, consistentes en las varias razas, sub-razas y variedades.(128-129)

En este apartado se resalta algunos términos que se consideran importantes para entender quizás una visión ciertamente positivista del autor, para quien el “Gran Mulato” adquiriría un tinte científico, que necesitaba para su desarrollo ciertos ingredientes para fabricarlo. De ahí que en su lenguaje se reitera el uso de términos técnicos que sustentan el conocimiento sobre la evolución del ser humano en la ciencia, basando su pensamiento en que el mestizaje se constituía en un “cruce” que “inyectaba” sangre negra y blanca en medidas establecidas, permitiendo obtener un producto definitivo de la “mezcla científica”. Dicha mezcla pareciera que solo tenía razón de existencia en la medida en que fuera avalada y afirmada por una teoría de un método acreditado que permitiera aumentar el intercambio racial y por ende, la mezcla como resultado de superioridad.

Quizás en busca de fundamentar y otorgar esa credibilidad científica a su propuesta, González afirma que cada raza aporta unas características propias a la fusión

de las razas, específicamente en cantidades y porcentajes exactos en la mezcla; así para el envigadeño expresa en *Mi compadre* que: “El producto verdadero de Suramérica será 45% indio, 45% blanco y 10% negro” (90). Del primero ve la medida y astucia; del segundo, la imaginación creadora, y de la pinta negra ve la capacidad de impertinencia, hecho que corrobora sus afirmaciones en los textos analizados. Para el autor gran mulato es una verdadera promesa porque rescata la sangre india y “de ahí que sea deber de los gestores en Suramérica cuidar como de cosa sagrada de las tribus indígenas” (90), ya que éstas cuentan con el conocimiento, conciencia y comunidad con las fuerzas elementales de la naturaleza:

Un hombre no sirve sino cuando está en relación con las fuerzas que presiden a la evolución. Un blanco no sirve en Suramérica; tampoco un negro; tampoco un mulato. Tiene que tener la sangre india en sus venas, porque ella es la aclimatada, ella es la que posee la sabiduría de nuestro continente. Muy bueno ir al extranjero, pero conservando sus raíces allá en la patria. Nadie es grande si no se eleva desde su pueblo y su gente. (96)

En la cita anterior se puede observar que González, compartiendo las ideas de Martí, afirma que el individuo engrandecerá su patria y gobernará su pueblo cuando los hombres conozcan su tierra y las necesidades que surgen allí. Por lo tanto, critica a los hombres conocedores de mucha ciencia y estudiosos en el extranjero, ya que ellos no poseen la habituación a su tierra e intentan importar e impartir ideas, instituciones, culturas ajenas a las carencias y vivencias de su país. Así lo afirma:

Lo que crea la habituación al medio, es la convivencia. El indio suramericano es un órgano de la comunidad y de su país; sabe muchas cosas, pero no se da cuenta de que las sabe. Cuando el conocimiento es connatural, no se tiene conciencia de él. El tigre, por ejemplo, sabe a qué motivación equivale cada movimiento de su presa, pero no tiene objetivado tal conocimiento, no puede dar una conferencia sobre eso. (35)

En suma, González apuesta su esperanza a la sangre india, de la cual considera que dará consistencia al futuro ser suramericano, porque “el blanco y el negro son extranjeros aquí. El mulato tiene la irritación meníngea del híbrido. Sólo la sangre india es suramericana y ella dará consistencia al tipo futuro de nuestro continente, a quien llamo el

*gran mulato*” (167). En este sentido, él le da entonces una gran importancia a la raza indígena, ya que es la que se encuentra aclimatada al ambiente, maneja las relaciones y entendimiento con la naturaleza, posee otro tipo de conocimiento que le permitirá al gran mulato desenvolverse y responder a las necesidades del medio. Así lo afirma el autor: “Mi esperanza en Suramérica es debido a la sangre india. Tiene el indio gran malicia y reserva. Concentración dentro de sí mismo y comunidad con las fuerzas elementales, que no posee el blanco” (1994,90)

A pesar de la exaltación que González hace de la raza aborigen, no desconoce la importancia de los blancos y de los negros en la conformación del gran mulato, pues cada una de las razas, como se había mencionado anteriormente, se fundirán en una sola, aportando características específicas que se consolidarán y formarán al superhombre suramericano auténtico, constituido por la imaginación creadora, la mesura, la astucia y la impertinencia.

En conclusión, la superioridad del gran mulato será reflejada finalmente en la constitución de su “egoencia” como estrategia para demostrar la autenticidad, la fuerza vital y el progreso ante la vanidad del ser. Siendo ésta última el impulso del hombre para salir de esa actitud de querer parecer o proyectar su ser desde lo que no es. Por esta razón, González resalta en sus obras a personajes “egoentes” que se convierten en las dignas manifestaciones de autenticidad y orgullo suramericano, tal es el caso de Juan Vicente Gómez (realidad) o de Lucas Ochoa (ficción).

El gran mulato es la fusión de las razas, pero también la lucha de la “egoencia”, la superación de la vanidad y el fortalecimiento del orgullo de un pueblo. En palabras de González tomadas de su obra *Los negroides*:

Acto de vanidad es el ejecutado para ser considerado socialmente. Aparentar es el fin del vanidoso.

Vanidoso es quien obra, no por íntima determinación, sino atendiendo a la consideración social.

Vanidad es la ausencia de motivos íntimos, propios, y la hipertrofia del deseo de ser considerado. (1976, 1)

De esta manera, González caracteriza la vanidad como el vacío, la simulación, la copia y la vergüenza de los instintos propios y de las raíces. El orgullo surge como antípoda de la vanidad, definido como un impulso del hombre para salir de esa actitud de proyectar su ser desde la apariencia y la imitación; es decir, la “egoencia” como digna manifestación de autenticidad y orgullo suramericano. De esta manera, surge la propuesta del gran mulato que busca superar la vanidad y resaltar el encuentro consigo mismo y con la identidad suramericana (costumbres, tradiciones, creencias...): “Hemos agarrado ya a Suramérica: *vanidad*. Copiadas constituciones, leyes y costumbres; la pedagogía, métodos y programas, copiados; copiadas todas las formas. Tienen vergüenza del carriel envigadeño y de la ruana. ¿Qué hay original? ¿Qué manifestación brota, así como el agua de la peña? Bolívar y Gómez”. (1976, 2)

Es así como reitera la importancia de consolidar un pensamiento liberador de vergüenza por lo propio para fortalecer la “egoencia” y generar nuevas formas y estilos de ver las situaciones circundantes, sin el “Complejo del Hijo de Puta”, planteando unas características mínimas que consolidan la formación, el cambio y la metamorfosis de un nuevo ser. Un ser deseado por González que irrumpa la inautenticidad en el mundo: “Hijo de puta es aquél que se avergüenza de lo suyo. Por aquí me han llamado grosero porque uso esta palabra, pero la causa está en que mis compatriotas son como el rey negro que se enojó porque no lo habían pintado blanco.” (González, 1976, 9)

Este complejo propuesto es quizás muy cercano a lo que José Martí llamaba “Sietemesinos”, compatriotas que se avergonzaban de su patria, no tenían fe en su tierra ni en las bases dolorosas sobre las que se han construido y negaban a sus ancestros (madre india, padre carpintero) como “¡Estos hijos de carpinteros, que se avergüenzan de que su padre sea carpintero! ¡Estos nacidos en América, que se avergüenzan, porque llevan delantal indio, de la madre que los crió.” (2005, 33)

En resumen, González, siguiendo una línea que vemos en Martí, descubre a América como una mezcla de razas, dentro de la cual defiende y rescata al indio, ya que asegura que éste hace parte de la identidad de la nación e invita a volver sobre las raíces, sobre el valor del origen racial y social, el orgullo por lo propio, ya que “el alma emana, igual y eterna, de

los cuerpos diversos en forma y en color. Peca contra la Humanidad el que fomente y propague la oposición y el odio de las razas” (Martí, 2005, 38).

Finalmente, la caracterización del gran mulato no estaría completa si no es posible enmarcarla en un modelo concreto de cómo González lo piensa y lo ve consolidado en sujeto ideal existente en Suramérica.

## **El Compadre Gómez**

Para González, la representación del gran mulato y del hombre suramericano es Juan Vicente Gómez, personaje que asume el poder en Venezuela durante el periodo de 1908 hasta 1935. Según González, su gobierno se caracterizó por ser autóctono, con métodos nuevos, con una ideología que exaltaba el valor de la naturaleza, de la vida humana; en general, comprendió a Venezuela y a sus habitantes tal como los encontró. Con el general Gómez aparece el primer gobierno de tipo suramericano, es decir, un gobierno “egoente”, auténtico y habituado. Este personaje se convierte en el símbolo del gran mulato, ya que sustenta su existencia desde la formación de un ser que encarna la fusión de las razas, y además personifica la mezcla de un hombre que funde no sólo los rasgos físicos sino psicológicos y culturales en igualdad de proporciones.

Con la intención de realizar una aproximación al perfil del gran mulato encarnado en Gómez, se profundizará a continuación en aquellas cualidades que se fusionaron de cada una de las razas y fueron los cimientos de la personalidad suramericana, a saber, la facultad de olvidar, el dominio del pensamiento, la habituación al medio, la paciencia, la astucia y la impertinencia lo distinguían como digno representante del “gran mulato”.

Para el envigadeño en su obra *Mi compadre*, Gómez es un personaje que se distingue por una memoria asombrosa, que coincide con la facultad de olvidar, lo cual denomina como el autodominio. Dicha facultad era propia de los racionales (blancos) y de las “altas civilizaciones”, pues aquella capacidad de dominio sobre sí mismo, mezcla de voluntad e inteligencia, le permitía dominar el pensamiento a tal punto de olvidar lo que él deseaba.

De allí que su poder y superioridad estaban basados en el olvido como forma de cultivar el espíritu y del dominio del pensamiento, que lo acercaba más a la búsqueda de la conciencia y de Dios, pues “cree que su vida es providencial. Nada hace quien no se sienta unido a Dios” (209).

Por esta razón, González reconoce que en la medida en que se desarrolle el pensamiento se permitirá alcanzar cierta perfección dada en términos de comprensión de Dios a través de tres modos de conocimiento: inducción, deducción e intuición. Juan Vicente Gómez desarrolla la intuición, a través de la cual conoce desde la vivencia, el conocimiento de sí mismo y del lugar donde se desenvuelve, pues el manejo de éste no es suficiente para dominar el pensamiento; también es importante conocer, habituarse e intuir al medio desde la convivencia, cualidades innatas de los amerindios. A lo anterior González lo denominó “inteligencia astuta”, la cual le permitía a Gómez intuir y gobernar a Venezuela.

Por consiguiente, González afirma que la intuición era la mayor virtud de Gómez, pues manifiesta que para él era vital trabajar con lo que el destino le ponía en la mano, gobernando desde el conocimiento de la tierra y respondiendo a sus necesidades: carreteras, agricultura, cuadros sociales, entre otros. Por lo tanto, obligó a los literatos a liberarse de sugerencias europeas y los obligó a trabajar por la tierra, por lo propio y su origen. En resumen, al ser identificado Gómez como el gran mulato se reconoce en este personaje una de las características vitales de los aborígenes, la habituación al medio. De ahí que durante la presentación del retrato del dictador, González evidencia actitudes propias de la personalidad suramericana, por ejemplo, rescata la habilidad para observar a los hombres, lo cual le permitió conocer y comprender a cada uno de ellos, ya que subir al poder se lo debía “al control sobre sí mismo y a la observación de los hombres; nada a las escuelas” (1994, 103) En consecuencia, González considera que gracias a la astucia de Gómez, Venezuela fue salvada debido a “las doctrinas y practicas originales, nacionales, sencillas y nuevas emanadas de nuestro suelo” (1994, 116)

Al ser montañés, simboliza el reconocimiento del menos favorecido, también al ser un personaje que surge en la pobreza y en un contexto campesino, el cual le permitió

conocer los secretos de su tierra y de sus ciudadanos, pues su principal interés no era intuir conocimientos, sino actitudes y comportamientos de los otros para entender cómo actuar desde la habituación. Sin embargo, para González, ser ilustrado como Vargas, Gual o Marco Fidel no era suficiente para dirigir un pueblo, ya que para él existía mucha diferencia entre estudiar libros y ser inteligente. Para gobernar era necesario “la inteligencia de poder”, aquella que se preocupa por comprender a los hombres, fenómenos y cosas del propio lugar. Así ejemplifica González la habituación al medio o la inteligencia de poder desarrollada por el conocimiento del contexto, pues “los insectos que han adquirido en sus formas y colores la misma apariencia de las ramas en donde viven, son ejemplo típico del poder de la inteligencia” (150).

Igualmente, se evidencia constantemente en la obra ese vínculo de Gómez con la majestuosa sabiduría que los indios han fundamentado sobre la naturaleza, haciendo tributos a elementos como el vadeo de los ríos, el silencio para percibir el soslayo que emana de los ojos y de todo el cuerpo, la curación de enfermedades con las plantas, el ruido de selva, entre otros ejemplos que reflejan una comunión directa con las fuerzas terrestres y, por lo tanto, el amor que reconstituye la vida humana, animal y vegetal que no valía nada antes de su gobierno. Para González muestra de esto es el amor que profesó Gómez hacia un árbol (Samán de Güere), símbolo de la independencia bolivariana, el cual prohibió cortar, y a los animales (pájaros) a quienes ofreció racimos de plátanos, ya que representaban sus orígenes, sus raíces y su cultura.

La paciencia se convierte en un aporte fidedigno del indio, el cual invita a la mesura. Para González, Gómez sabía dominar e impulsar esta actitud, pues siempre se mantuvo tranquilo y supo esperar el momento oportuno para gobernar sin violencia, golpes de estado, ni traiciones. Hasta el último momento acompañó a Castro (antecesor de la presidencia), sirvió en la enfermedad y hasta después de retirarse, siempre fue su más fiel colaborador. A pesar de que Gómez era consciente de las responsabilidades relacionadas con presidencia, vicepresidencia, campañas militares que había asumido tiempos atrás, esperó el instante justo para subir al poder. De ahí que González destaque: “Mientras Castro buscaba vírgenes de orilla, don Juan observaba a los hombres y pensaba en Venezuela futura” (155).

La astucia de Gómez fue reconocida por González en distintas escenas de la obra donde se refleja esa sagacidad meníngea propia de los indios. Es así como se rescata la habilidad para afrontar la guerra, pues ante Mendoza era imposible perder, ya que a éste le faltaba pericia, pero no desconocía “la brujería de Gómez”, quien siempre se mantuvo pensando en estrategias para derrotar de inmediato a su enemigo. Así lo narra González:

Entró en juego la astucia de Gómez. Por varias noches, en el campo del gobierno, tocaban alarma contra el enemigo; eran pequeños grupos que se deslizaban y atacaban los parapetos; toda la línea enemiga rompía el fuego y gastaba parque. Sólo al amanecer se enteraban de la verdad. Esto se repitió muchas veces, hasta que se hizo un ataque en firme, nocturno. Los enemigos, que no le daban ya importancia a la cosa, se habían quedado durmiendo en el valle y pocos estaban en los parapetos. Fueron tomados estos, sin dificultad, y el grueso del ejército de Mendoza, que estaba en el valle, se encontró dominado y se declaró en derrota (128).

En otro apartado, dice:

La astucia de Gómez salvó todo:

Sabemos que los dirigentes del *mochismo* eran enemigos de Matos, no sólo por haber sido éste quien se opuso a la libertad de Hernández en los últimos días de Andrade, sino porque cometió la imprudencia de escribir a uno del Zulia invitándolo a sublevarse contra el gobierno y encareciéndole que si lo hacía no pusiera en libertad a Hernández, que estaba en el Castillo. Tal carta fue publicada. (129-130).

Y una vez más, señala:

El montañés es agrícola, sedentario, amigo del orden. Los Andes fueron saqueados por los llaneros, para sus guerras. De suyo, el montañero es astuto, por el encierro, el rumiar, la meditación sobre la tierra trabajada. Allí, entre esos tiranizados y heridos por las revoluciones, debía aparecer un genio de la inteligencia astuta, un hacendado, porque el ataque es vencido por la astucia y la miseria por la agricultura. Me explicaré mejor diciendo que todo el que sufre tiende inconscientemente a comprender las intenciones de su verdugo, por las actitudes. (150).

Las anteriores citas exaltan la astucia de Gómez para la guerra y para lograr la confianza de sus superiores, quienes ya depositaban ciertas responsabilidades en él. Sin embargo, la astucia no solo se quedaba en el simple hecho de evidenciar ciertas habilidades para ciertos campos, sino que causaba directa e indirectamente una presión sobre ciertas actitudes que generaban cambios dentro de un campo con rutinas establecidas. Por ejemplo, al vencer el ejército, no solo contó con el hecho de usar sus cualidades para la contienda, defendiendo sus propios objetivos, sino que desencadenó una serie de comportamientos “impertinentes” dentro de un ámbito donde su posición social no lo permitía, convirtiéndose en el principal consejero de Castro, hombre que estaba a cargo de la presidencia en ese momento.

Por su parte, González considera que el elemento de la pinta negra, es decir, la “impertinencia” de Gómez se observaba en distintos actos desde antes de que fuera presidente. Al respecto, se podría mencionar la mente estratégica para la guerra, pues salía a combatir con pocos hombres y cada día eran más. También, acabó con los vagos, creó alianzas e hizo que sus enemigos se dividieran y pacificó el centro del país en medio de la revolución. Además, su solidez compactó y mantuvo el grupo de intereses. En este sentido, estos comportamientos le permitieron ascender en la pirámide social y cultural, a pesar de no ser blanco, ni tener la cultura y el linaje propios de éste. Fue un hombre que nació en una familia humilde y que surgió poco a poco, irrumpiendo en cada espacio a donde llegaba con acciones, gestos y pensamientos.

Por estas cualidades suramericanas es que González considera a Gómez como un personaje “egoente”, quien rescata lo propio de su cultura y exalta la identidad de su raza y estirpe, haciendo que ésta se reconozca en cada lugar de Venezuela. No obstante, su mirada idealizada al describir a Juan Vicente Gómez evidencia algunas cercanías y contradicciones con lo mencionado por especialistas en el tema. Por su parte, el historiador venezolano Manuel Caballero afirma que el gobierno de Gómez fue el más tiránico y violento de la época. Su dictadura fue una de las más crueles existentes en Venezuela, para Caballero la acción política de Gómez demostró tres grandes líneas “una, la búsqueda del consenso previo a cualquier decisión; dos, la acción de aniquilamiento al adversario, implacable y sin retroceso; y tres [...] la confianza en la fuerza armada” (1993, 211). En efecto, estos tres

elementos (consenso, aniquilamiento y confianza) consolidaron el gobierno de Gómez. Posteriormente, se enmarcó en una “tiranía paternalista” según Caballero; tiranía que inició con un dominio personal que se prolongó y se consolidó a través de una de las instituciones más fuertes: el ejército.

Por otro lado, el investigador Elías Pino Iturrieta (1988) resalta del “Benemérito Gómez” la laboriosidad, el instinto y la intuición, como cualidades propias para “afincar la autoridad” (39). Así mismo, enfatiza en el golpe de estado que le dio a Castro, mientras se encontraba enfermo, estrategia que lo llevó a la presidencia. No obstante, destaca que Gómez “es el hombre que se ajusta a las necesidades del momento” (56). Premisa que evidencia la adaptabilidad que demostraba este hombre ante las circunstancias económicas, culturales, sociales y políticas que vivía Venezuela. En este sentido, el “gran mulato”, es decir Gómez, es un ejemplo de movilidad, pues personifica a un sujeto que irrumpe en un contexto, demostrando su capacidad para ajustarse al medio y a las tendencias existentes en él. Esta adaptabilidad es la que permitirá buscar, construir y forjar el progreso de su nación.

La fascinación que demuestra González por Gómez hace que una dicotomía surja frente a su pensamiento, pues por una parte, en la obra *El hermafrodita dormido* expresa su disgusto por el Duce Benito Musollini y su dictadura europea en tiempos fascistas, mientras que en *Mi compadre* halaga a un dictador latinoamericano y lo inscribe como el retoño del ideal bolivariano.

## **La utopía racial latinoamericana**

Como se había mencionado anteriormente, la propuesta de González mantiene una tendencia más latinoamericana que nacional, pues tiende a privilegiar la fusión de las razas en un territorio latinoamericano, rescatando la raza en términos culturales e identitarios. Por lo tanto, el “gran mulato” y la reunión de las mejores cualidades de cada una de las razas en proporciones, no era nueva, pues ya habían surgido anteriormente ideas que buscaban fusionar las razas, como es el caso de Vasconcelos (1948), quien bajo los presupuestos de

la teoría darwinista de la selección natural, privilegiaba a los más fuertes sobre los débiles, reconociendo cómo las condiciones sociales y físicas favorecían el origen de una nueva raza, la cual Vasconcelos denominó la “Raza cósmica”.

Para Vasconcelos, su propuesta se basaba en dudar sobre la mezcla de tipos muy distantes como los españoles y los indígenas americanos, pues afirmaba que “el atraso de los pueblos hispanoamericanos, donde predomina el elemento indígena, es difícil de explicar, como no sea remontándonos al primer ejemplo citado de la civilización egipcia. Sucede que el mestizaje de factores muy disímiles tarda mucho tiempo en plasmar” (1948, 4). En consecuencia, su propuesta se alejaba de González, ya que consideraba que los indios estaban atrasados y no permitían que la mezcla avanzara; de igual modo, rescataba las mejores y las más fuertes cualidades de cada una de las razas, dándole un especial valor a la raza blanca. Para él, el blanco era el puente que permitiría disponer el espacio para que todos los tipos y todas las culturas pudieran fundirse.

Por el contrario, el envigadeño en su propuesta del gran mulato” exalta y reconoce las habilidades de la raza aborígen, otorgándole el mismo valor que la raza blanca, pues los indios son los que se encuentran habituados al medio y son los portadores de la sabiduría de la naturaleza y de sus raíces. Sin embargo, a pesar de que su discurso eugenésico se basaba en el reconocimiento de una raza (aborígen) sobre las otras, compartían el mismo objetivo de la mezcla: formar un nuevo tipo de humano, compuesto de los rasgos y características de los pueblos existentes.

Igualmente, Vasconcelos distanciándose de González, rescata lo mejor de cada una de las razas, destacando la importancia del blanco como puente para el encuentro y fusión de las otras razas. Asegura que cada una tiene una misión, pues en las diferencias y en los tesoros de cada una las razas se encontrará el camino para formar la quinta raza, “ Raza Cósmica”; “si se imita se pierde, si se crea y descubre, triunfaremos” (23); mientras que “el brujo de otra parte” considera y otorga un mayor privilegio dentro de su mezcla a la sangre india, quizá presentando una inclinación hacia los menos reconocidos y proponiendo una nueva forma de eugenesia dentro de los pueblos, dando una exaltación a los más “desvalidos”, “débiles” o “inferiores”. De ahí que en sus obras siempre resalte a personajes

que tiene deformaciones, vicios o viven del placer, es el caso de Irene en la obra *El hermafrodita dormido*, una prostituta parisiense que “olía muy bueno, como a libro nuevo”(1933, 208), quien no se desnudaba por quinientos francos; sin embargo, después de que Lucas Ochoa compartiera un café con ella se asombra, pues menciona que: “Le di los quinientos francos y se fue muy contenta, pero me rogaba que nos acostáramos, y, como no acepté, al salir me envió un beso y me dijo: *Spèce d’idiot!*” (208). La mención de dicho personaje dentro de la obra refleja ese reconocimiento del otro, que ha sido negado, minimizado y excluido por el resto de la sociedad, rescatando la belleza y apartándola de su simple y vaga carnalidad, disfrutando y pagando de su compañía sin necesidad de tener un acceso carnal con ella. Al pagar, sin el servicio prestado, representa el respeto por lo que ha constituido a las formas de pensar y actuar de Irene.

De la misma manera ocurre cuando aclama la presencia de las cojas en la obra refiriéndose “a la bella coja que se pasea a las doce de la noche por los Campos Elíseos” o bien, “me voy tras una jorobada, tras una coja, y medito en el problema de la manifestación del espíritu en formas tan repugnantes” (47-48). Se trata de escenas donde a través de estos personajes se representa lo bello y agradable de una tara o discapacidad y donde se reconoce la manifestación de un espíritu en aquellas formas “repugnantes”. Estos dos ejemplos evidencian algunas aproximaciones al pensamiento de González que empezaría a tener fuerza en la comunidad, reconociendo que, a pesar de la inferioridad de algunas razas, siempre hay algo bueno para aportar desde su construcción, especialmente cuando se aparta de la mirada evaluadora de lo biológico y se pasa a un espacio mucho más espiritual que engrandece el alma y la cultura de los individuos. De ahí que González en *El hermafrodita dormido* reconozca el aporte de las tres razas en la conformación del superhombre suramericano:

Tú recordarás que en Venezuela vimos y estudiamos a Juan Vicente Gómez, *palo de hombre* que desde hace treinta años es lección viva para Suramérica; especie de brujo de la montaña de la gran Colombia, intuitivo genial, santón y diablo. ¡Ese sí es hombre! El mundo no quiere saber que para encontrarlos hay que ir a Venezuela. Ese tiene la bondad de la paloma y la astucia de la serpiente. (1933, 90)

González afirma que con Gómez aparece el primer gobierno que rescata al hombre suramericano. En primer lugar, compara la constitución del ser de Gómez con dos animales (paloma y serpiente) a quienes les otorga unas cualidades específicas como la bondad y la astucia; es así como en el lenguaje de González se rescata esa creencia y sabiduría indígenas que manifiesta la relación que el hombre tiene con la naturaleza, capaz de exteriorizar cualidades específicas de un ser natural. En segundo lugar, el envigadeño considera que hasta este momento Colombia era gobernada por blancos o mulatos con métodos e ideas europeas deformadas; sin embargo, González asegura en *Mi Compadre* que el gobierno de Gómez “Ha sido un milagro, [...]. Tal gobierno no se parece a los europeos; es autóctono. Métodos nuevos; verdadera asimilación de lo extranjero; nacionalismo ilustrado”. (91) La figura del gobierno autóctono, tal como lo contempló Martí en “Nuestra América”, la construcción de raza, trasgrede el ámbito de la imitación europea y le otorga un mayor valor al “hombre natural” o el mestizo, que conoce sus raíces, su país y desde allí actúa, venciendo a letrados artificiales, a hombres que no son naturales, que desean gobernar con leyes extranjeras e imponer instituciones ajenas a las necesidades del país. Superando de cierta manera las falsas dicotomías propuestas por Sarmiento entre civilización y barbarie, pues propone nuevos modelos que sirvan y den respuesta a los intereses americanos, adentrándose así en el espacio de la creación, virtud propia de la juventud: “Los jóvenes de América se ponen la camisa al codo, hunden las manos en la masa, y la levantan con la levadura del sudor. Entienden que se imita demasiado, y que la salvación está en crear. Crear es la palabra de pase de esta generación. El vino, de plátano; y si sale agrio, ¡es nuestro vino!” (137)

Lo autóctono traspasa esa frontera de la imitación y enfatiza en crear, que es analizar el pueblo, acomodarse a los elementos naturales y gobernar desde ellos, desde el conocimiento de su tierra, de sus orígenes y de sus necesidades. En efecto, crear se convierte en la esperanza del discurso identitario que desprecia los modelos europeos y rechaza a los que los siguen, porque “los que no tienen fe en su tierra son hombres de siete meses”, que se avergüenzan de su origen, de sus costumbres, tradiciones, hábitos, de su familia, y encuentran como única y digna respuesta la copia europea.

Continuando con la actitud creadora propuesta por Martí, González adopta este término de “crear” para invitar al regreso sobre las raíces, el valor del origen racial y social, ya que “el alma emana, igual y eterna, de los cuerpos diversos en forma y en color. Peca contra la Humanidad el que fomente y propague la oposición y el odio de las razas” (1981, 139). Lo autóctono de este gobierno se busca en la creación y reivindicación del ser indio en la mezcla racial, exaltando “la egoencia” y superando “el complejo de hijo de puta”.

Esta propuesta de un gobierno que conoce sus raíces, crea hombres auténticos y actúa con este fin, se encuentra en resonancia con una forma particular de gobierno de las poblaciones que corresponde, según Castro Gómez (2009), a la construcción del Estado moderno. Gobernar la población implicaba proponer y poner en marcha diferentes técnicas, mecanismos o dispositivos estatales que garantizaran la conformación como pueblo soberano. Así, mientras el gobierno de la población desde la función *Estado colonial-capitalista* implicaba la gestión de la vida de la minoría criolla blanca, el sector productivo de la población (mediante una guerra contra las razas inferiores) dejaba morir a esta última y la reemplazaba por una raza superior a partir de una política de inmigración. El *Estado Capitalista-Benefactor*, por su parte, considera la necesidad de *mover* a toda la población de sus esferas tradicionales, en particular a esos que no hacían parte del sector productivo de la población. Este movimiento se realizaría mediante la eliminación controlada de todos aquellos riesgos que la hacen morir: insalubridad, pobreza, ignorancia, desempleo, inmoralidad.

En este contexto, el discurso eugenésico en Colombia (como se había desarrollado anteriormente) privilegia la unión de razas basada en el aprovechamiento de las cualidades superiores sobre las inferiores, o consideradas con taras que dañarían el producto final. Los contemporáneos se inclinaban por mantener la ideología blanca a través de la imitación o nuevas modificaciones del ser blanco. Éste es el caso de Vasconcelos quien basa su propuesta en la unión de las razas, destacando la misión de la raza blanca que se convertiría en el puente que dispondrá el espacio para que todo tipo de razas y culturas puedan mezclarse, teniendo en cuenta que éste se ha conformado en el invasor número uno del mundo y parecieran la única raza capaz de predominar. Este tipo de discurso eugenésico

busca exaltar al blanco, su fuerza cultural e ímpetu como condición inicial de superioridad para iniciar cualquier fusión racial.

Sin embargo, Fernando González se inclina por una propuesta eugenésica dirigida a confiar la construcción de un ser superior en el aborigen, por lo tanto, piensa en la restitución del indio, su origen, su cultura y su importancia social para la construcción de un ideal suramericano donde la imitación y la vergüenza de lo propio pase a un segundo plano. En consecuencia, se reconstituye a este ser que basa su actuar en el conocimiento intuitivo y la observancia de la naturaleza, de su ambiente, de sus hombres para consolidar a un verdadero suramericano. No obstante, asigna valores proporcionales entre blancos e indios y relega un mínimo porcentaje a la raza negra. Del mismo modo, González, apoyándose en Martí quien considera necesaria la restitución del indio o lo que él llama el “Hombre Natural” o “Mestizo autóctono”, plantea la dicotomía entre la falsa erudición y la natural capacidad para conocer los elementos verdaderos del país, derivar de ellos las formas de gobierno y gobernar con ellos, pues lo importante es conocer para poder crear, gobernar y actuar.

De igual manera que Vallenilla Lanz, González denuncia lo absurdo del concepto de “raza pura” y rescata el término “raza” desde una perspectiva cultural, donde se destacan los procesos a través de los cuales, los pueblos han logrado establecer su propia idiosincrasia. Para Vallenilla Lanz, esta construcción del nuevo hombre se encontraba mediada no solo por el mosaico de razas, sino por una influencia significativa del medio físico en los instintos, ideas y las tendencias que caracterizan las relaciones sociales y económicas en cada nación.

Por lo tanto, el término “raza pura”, no era posible en un contexto donde los habitantes habrían sufrido distintas mezclas. Así mismo, para Vallenilla Lanz la raza no solo está supeditada a la fusión de las distintas razas, sino a la influencia del medio físico en el que se encuentra, ya que éste transforma y constituye la visión del nuevo hombre. Para Michael Foucault en *Seguridad, territorio y población* propone que la “naturalidad de la población se basa no en la suma de individuos que habitan un lugar, el resultado de su voluntad para reproducirse o encasillarse como un dato básico, sino como un fenómeno de la naturaleza que depende de toda una serie de variables de índole económica, legislativa,

cultural, religiosa, ética u otros que generan cambios y mutan la población” (93). En consecuencia, el determinismo geográfico, era un elemento que hasta ahora no era tan reconocido por González en su propuesta del gran mulato; sin embargo, éste tendría una gran influencia en la transformación de su ideal suramericano en tiempos venideros, ya que en las obras siguientes manifestará cierta tendencia determinista, reconociendo que las sociedades eran influenciadas por el clima, la altura, el relieve y otros factores que inciden en los procesos humanos, sociales, culturales y políticos.

Como es de notar, la propuesta de González tiene una cierta visión más cultural que racial, ya que le da una relevancia a las características psicológicas que aportarían a la nueva fusión que al color final que causaría. El brujo de otra parte”, esencializa la raza dándole un valor especial al alma, proponiendo a los pueblos americanos una revisión y un conocimiento de sí mismos para poder unirse en pro de una sola misión: la unión de los pueblos latinoamericanos. Propuesta muy cercana a la de Bolívar, que plantea la unión de las naciones que comparten el ideal de defender a América, como pueblos que pertenecen a una sola tierra, pero desde los elementos particulares que las constituyen para desarrollarse como nación. De ahí que, continuamente, se observe cómo González siempre relaciona, recuerda, conmemora paisajes, personajes, lugares y hábitos de su patria para exaltar o criticar situaciones propias que está viviendo en Italia o Venezuela, reconociendo las majestuosas y admirables fortalezas de Suramérica y recordando que allí está la promesa del superhombre y el porvenir anhelado. Así lo menciona en *El hermafrodita dormido*:

Pues lo que hay es un horno en donde se funden las razas; es apenas un caos, pero es la cuna del porvenir, sobre todo la Gran Colombia de Bolívar. ¿Qué milagro no es posible allá? En esos valles y selvas infinitas, regadas por ríos de verdad; en esas montañas madres del Amazonas y del Orinoco, puede aparecer de nuevo Moisés con dos piedras y diez mandamientos. (1933, 214-215)

Y finalmente, reitera la importancia de la “egoencia” de los Suramericanos para evitar la imitación y las políticas de inmigración:

Mientras que en Suramérica tarda mucho el milagro. Es la tierra grande y hermosa por excelencia, pero siguen pariendo y pariendo muchachos canosos, Sánchez Cerro, Machados....Prohibir la venida de jóvenes y la entrada de los que no sean muy útiles. Cada

país de Suramérica debe fundar un instituto de inmigración. Se permitirá viajar por aquí a la gente preparada para ello. (1933, 218)

La cita anterior, evidencia dos posturas; en primer lugar, la resistencia frente al bajo nivel de “egoencia” y la imitación de modelos extranjeros en tierras suramericanas. Y en segundo lugar, la invitación a crear estrategias que le permitan a Suramérica impulsar sus raíces y su origen, con el propósito de seleccionar los jóvenes que realmente estén preparados para gobernar con el conocimiento de su tierra y actuar sobre las necesidades que surjan allí.

En resumen, González centra su propuesta racial en el “gran mulato”, aquel ser que rescata el valor cultural que tiene el indio en la fusión de las razas, refuerza la “egoencia”, se aleja del “complejo de hijo de puta” y realza la importancia de las raíces suramericanas. Presenta una fascinación por Juan Vicente Gómez debido a la reproducción cercana al ideal bolivariano y modelo concreto de “gran mulato”. Su aporte en América Latina se basa en la constitución de un discurso eugenésico, que al contrario de los otros teóricos, valora el aporte racial del aborígen y no esencializa los aportes de la raza blanca como fuerza integradora para mejorar la raza.

## CONCLUSIONES

El discurso racial Latinoamericano surgió frente a la necesidad de crear un concepto que incluyera la formación de un habitante nuevo, diferente del español, que se desarrollara dentro del espacio americano y, de esta manera, aportara una base fundamental para construir el porvenir de América Latina, y por ende tuviera la capacidad de afrontar el momento histórico que vivía. Los debates sobre la raza abarcaron distintas perspectivas latinoamericanas y locales (biológicas, sociales, culturales, entre otras), las cuales tuvieron gran influencia en la configuración del nuevo hombre suramericano y en la construcción del saber racial de Fernando González Ochoa.

El discurso racial gonzaliano tuvo bases a nivel latinoamericano y colombiano que recopilaron en un preciso recorrido. En cuanto al nivel latinoamericano, se pudo evidenciar que algunos autores apostaron por la construcción de una América original a través del empoderamiento de “los moradores pasivos de la nación” o el rescate de un sujeto que reconoce sus raíces y crea a partir de éstas, exaltando al “hombre natural”; unos optaron por propuestas de imitación de modelos extranjeros, ya que erradicaba la inferioridad de los habitantes de dicho lugar, y otros cedieron un espacio a la espiritualidad como forma de fortalecer la identidad racial de un pueblo o fundir las mejores cualidades de cada una de las razas. Respecto al nivel local, en Colombia, siguieron algunas de las propuestas latinoamericanas, depositando su esperanza en la unión de las razas existentes, mediada por estrategias como la creación de leyes de inmigración o la fe en la educación de las futuras generaciones para apoyar dicha propuesta y superar las taras o debilidades anatómicas, higiénicas, psicológicas de las razas existentes.

En consecuencia, el saber racial de González se ve transversalizado por dichas tendencias que enmarcan la configuración de su propuesta del superhombre latinoamericano denominado gran mulato, aquel ser que intentaba conformar al nuevo hombre suramericano con cantidades específicas de cada raza; quizás ubicándose en una zona ambivalente donde conjuga la lógica eugenésica, un componente de utopía y unas características socioculturales que conforman a un nuevo ser idealista y “egoente” que contenga características específicas de cada una de las razas e irrumpa con la inautenticidad en el mundo.

Desde este referente, fue necesario estudiar en este campo y evidenciar los componentes que se privilegian en la propuesta desde el punto de vista de las razas: blanca, india y negra, y el tipo de relevancia que se les da en la construcción de la fusión de “El Gran Mulato”. Para González, a modo de cartografía racial, la raza blanca es portadora de la imaginación creadora dada en primera medida por el componente de racionalidad y por la inmanencia de su fuerza racial que tiene para llevar su idiosincrasia ideológica, política, cultural y social a otros lados del mundo, imponiendo sus formas de pensar y crear desde sus raíces. Por su lado, la raza india está favorecida con una capacidad de aclimatación o de habituación al medio dada por la astucia para enfrentarse a las circunstancias establecidas por el contexto, conociéndolo intuitivamente, lo cual le permite generar nuevas formas de actuar o gobernar desde el conocimiento de su medio. La mesura es considerada también como una capacidad destacada del indio, que exalta la paciencia y el imbricarse desde sus raíces, sin imitación ni “complejos de hijo de puta” dados por la falta de “egoencia” o por querer ser lo que no son. Finalmente, la raza negra se caracteriza por la capacidad de impertinencia, aquella facultad que genera movilidad en los contextos, irrumpiendo de manera desorganizada e imprudente.

Sin embargo, la movilidad no solo está vinculada con la pinta negra y su impertinencia como formas de demostrar la capacidad de adaptabilidad ante lo moderno, ya que del mismo modo, se podría evidenciar que tanto la raza blanca como la aborígen intentan movilizar el saber, por una parte cartesiano ligado al blanco y por otra el conocimiento intuitivo o “connatural” del indio que conoce su medio y actúa desde él. Al ser las tres razas símbolo de movilidad, el gran mulato se convierte en la fusión de las razas en un sujeto que se moviliza en sintonía con el porvenir de su nación.

En suma, el discurso racial de González se configura en el gran mulato en aquella propuesta utópicamente racial que pretende conformar un superhombre ideal, dado en proporciones exactas bajo leyes científicas para mezclar en ciertos porcentajes (45% - 45% - 10%) y obtener al hombre suramericano, ignorando que desde hace años sobresalía el mestizo en las tierras americanas. El aporte en América Latina del brujo de otra parte, se fundamenta en la constitución de un discurso eugenésico, que al contrario de los otros teóricos, valora el aporte racial del aborígen y no esencializa los aportes de la raza blanca

como fuerza integradora para mejorar la raza. El gran mulato viene a representarse paradójicamente en uno de los dictadores más crueles de la historia de Venezuela, ya que para González reúne esa fuerza activa para gobernar y levantarse desde las raíces y las necesidades de su tierra.

Por otra parte, si bien es entendible su exaltación de un dictador, se hace preciso destacar que el discurso racial de González se ve influenciado por las tendencias eugenésicas y racistas de su patria (Colombia), pues a pesar de la distancia geográfica (estadía en Italia o Venezuela), su discurso le permite amarla, reconocerla y valorarla hasta el final.

En conclusión, después de esta travesía se hace necesario hacer un seguimiento a profundidad de las obras posteriores a *EL hermafrodita dormido* y *Mi Compadre* con el propósito de continuar investigando y rastreando los posibles cambios, contradicciones, posibilidades y novedades del pensamiento de González, en cuanto a la configuración de su saber racial desde una mirada biológica y cultural, pues se evidencia posteriormente la inclusión de rasgos y elementos diferentes que constituirán y complementarán su visión sobre las razas, tal es el caso de la incorporación del componente geográfico que comienza a cumplir una participación más activa en la configuración del ser identitario. Por lo tanto, amerita un ejercicio analítico sobre la construcción del saber racial y la consolidación de los personajes “egoentes” que protagonizan sus relatos.

Finalmente, es importante reconocer la relevancia de la literatura en la construcción de este saber racial gonzaliano, ya que ésta nos permitió aproximarnos a la forma como González configura su pensamiento, construye una interpretación y una evaluación particular de la realidad y época del escritor. Para comprender al envigadeño fue necesario acercarse a la lectura e interpretación de sus obras para analizar los aportes realizados a la conformación del superhombre ideal suramericano y las contradicciones que se presentaron en su postura y en su respuesta ante el entrecruzamiento de fuerzas ideológicas y culturales presentes para el autor en ese momento.

Es por esto que me uno a Ernesto Ochoa y Pablo Alvaro Ortiz, especialistas en el pensamiento de González, quienes en sus textos realizan constantes invitaciones a los

lectores para leer, releer, meditar, pensar e interiorizar las obras del envigadeño con el fin de darle la posibilidad de que hable desde su experiencia vital, pasional, intelectual y religiosa. Es así cómo González contribuye a la conformación del discurso racial e identitario latinoamericano por medio del planteamiento de unas características que consolidan la formación, el cambio y la metamorfosis de un nuevo ser, un ser idealizado por Fernando González para que irrumpa con la inautenticidad en el mundo.

## BIBLIOGRAFÍA

### OBRAS DEL AUTOR

González, Fernando.(1933), *El hermafrodita dormido*, Barcelona, Juventud.

\_\_\_\_\_. (1994), *Mi compadre*, Medellín, Universidad Pontificia Bolivariana.

\_\_\_\_\_. (1969), *Mi Simón Bolívar*, Medellín, Bedout.

\_\_\_\_\_. (1972), *Cartas a Estanislao*. Medellín, Bedout.

\_\_\_\_\_. (1973), *Don Mirócleles*. Medellín, Bedout.

\_\_\_\_\_. (1976), *Los negroides*. Medellín, Bedout.

### OBRAS SOBRE EL AUTOR

Ánjel R., J. (2008, noviembre), “*Latinoamérica, un viaje a la defensiva*”, en *Unaula*, Revista de la Universidad Autónoma Latinoamericana, Núm 28, pp. 157 - 166

Angulo, G.(2007), *El mago de Otraparte*, en *El libro de las celebraciones*, Bogotá, Fundación domingo Atrazado.

Arango, G. (2011, junio) “*El brujo de Otraparte*”, en *El Espectador*, Bogotá.

Aristizábal, S (2006), “De la literatura a la filosofía” [en línea], disponible en:<http://www.otraparte.org/vida/aristizabal-santiago-1.html>, recuperado: 21 de agosto de 2012.

Bedoya, F. (2012), “La visión crítica y provocadora de Fernando González sobre la independencia de Colombia, Simón Bolívar y Santander” en línea], disponible en: <http://www.otraparte.org/vida/bedoya-frank-1.html>, recuperado: 21 de septiembre de 2012.

Fernández, L. (2007), “*Fernando González Ochoa, un hispanoamericano en busca de la intimidad*”, en: *El pensamiento hispánico en América: siglos XVI – XX*, Madrid, Universidad Pontificia de Salamanca.

García Dussán, E. (2006), “*Notas Sobre Santander y Mi Simón Bolívar de Fernando González Ochoa: Una Articulación Entre Filosofía, Historia y Literatura.*”, en *Espéculo: Revista de Estudios Literarios*, núm.34.

Gómez, J. (2006), *Colombia es una cosa impenetrable. Raíces de la intolerancia y otros ensayos sobre historia política y vida intelectual*, Bogotá, Diente de León.

Henao, J. (1988), *Fernando González, filósofo de la autenticidad*, Medellín, Universidad de Antioquia.

Hernández, O. (2006), “*Latinoamérica: identidad, autoafirmación y cultura-mundo*”, en *Cuadernos de Filosofía Latinoamericana*, núm 27.94, pp. 45-58.

Londoño, C. (2011), “El camino a Otraparte” [en línea], disponible en: <http://www.otraparte.org/vida/londono-carlos-andres-1.html>, recuperado: 21 agosto de 2012

Macías, L. (1999), “La estética como ética en las obras de Fernando González”, en *Revista de la Universidad de Antioquía*, pp. 47-51.

Mariátegui, J. (2007), *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Venezuela, Fundación Biblioteca Ayacucho.

Marín, P. (2011), “La escritura de la desnudez” [en línea], disponible en: <http://www.otraparte.org/vida/marin-paula-andrea-1.html>, recuperado: 21 agosto de 2012

Martínez, F. (1999), *“El viajero y la memoria”*, Medellín, Universidad Pontificia Bolivariana.

Mejía, M. (1995), *Viaje a la presencia de Fernando González*, Medellín, Biblioteca Pública Piloto de Medellín para América Latina.

Ochoa, E. (1995, junio). “Acercamientos a Fernando González”, en *El Colombiano*, Medellín.

\_\_\_\_\_ (1992, enero), “El maestro de escuela de Fernando González”, en *El Colombiano*, Medellín.

Ortiz Rodríguez, Á. (1994, octubre), “Fernando González, el solitario de otra parte”, en *Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario*, núm 565, pp. 93 - 96.

Quijano, A. (1988) *Modernidad, identidad y utopía en América Latina*, Lima, Ediciones Sociedad y Política.

Ramírez, É. (1997), “El pensamiento de Fernando González Ochoa”, en *Cuadernos de Filosofía Latinoamericana*, 70 - 71.

Restrepo, A. (1996), *Testigos de mi pueblo*. Medellín, Argemiro Zapata y Cía.

\_\_\_\_\_ (2000, 16 de Abril), “¿Fernando González filósofo? ”, en *El Colombiano*, Medellín.

\_\_\_\_\_ (2002), “Viajero de la identidad a la intimidad” [en línea], disponible en: <http://www.otraparte.org/vida/restrepo-alberto-1.html>, recuperado: 21 agosto de 2012

Vallejo, F. (1982), *Retrato Vivo de Fernando González*, Medellín, Colina.

Vanegas, A. (1974, 7 de Marzo), “*La libertad agresiva de Fernando González*”, en *El colombiano*, Medellín.

Vélez, J. (2004), “*Fernando González: de la vida al concepto - vestigios fenomenológicos*”, en Cuadernos de Filosofía Latinoamericana *número* 25.91, pp. 60-8.

Villegas, L. (1995), *Viajando hacia la intimidad*, Medellín, Comisión Asesora para la Cultura Concejo de Medellín.

### **OBRAS COMPLEMENTARIAS DEL ESTUDIO**

Arboleda, H. (1951), *Descendencia española de algunas familias colombianas: datos biográficos –genealógicos*, Popayán, Editorial de la Universidad del Cauca.

Bajtín, Mijail. (1999), “El problema de los géneros discursivos”, en *Estética de la creación verbal*, México, Siglo veintiuno editores.

Bolívar, S. (1815), “*Carta de Jamaica*”, [en línea], disponible en: <http://juventud.psuv.org.ve/wp-content/uploads/2009/05/cartajamaica.pdf>, recuperado: 30 de julio 2013

Caballero, M. (1993), “La tiranía”, en *Gómez, el tirano liberal*, Caracas, Monte Ávila Editores.

Castro, A. (1920), *Degeneración colombiana*, Medellín, Litografía e Imprenta J.L. Arango.

Castro Gómez, S. (2010a), *La Hybris del Punto Cero*, Bogotá, Editorial Pontificia Universidad Javeriana.

\_\_\_\_\_ (2010b), “El poder pastoral”, en *Historia de la gubernamentalidad. Razón de Estado, liberalismo y neoliberalismo en Michel Foucault*, Bogotá, Siglo del Hombre Editores – Pontificia Universidad Javeriana – Universidad Santo Tomás de Aquino.

\_\_\_\_\_ (2009), “El dispositivo de movilidad”, en *Tejidos Oníricos. Movilidad, capitalismo y biopolítica en Bogotá (1910 – 1930)*, Bogotá, Editorial Pontificia Universidad Javeriana.

Foucault, M. (2004), “Clase 25 de enero de 1978”, en *Seguridad, territorio y población*, Buenos Aires, Fondo de cultura económica.

Jimenez, M. (1920), *Nuestras razas decaen. El deber actual de la ciencia*, Bogotá, Juan Casis.

Kurz, A. (2011, abril), “La raza cósmica: 85 años de utopía”, en *Revista la Jornada Semanal*, núm. 840, 2011.

López, L. (1910), *La raza antioqueña*, Medellín.

López de Mesa, L. (1920), *Los problemas de la raza en Colombia*, Bogotá, Cultura.

Mariátegui, José Carlos.(2007), *Siete ensayos de interpretación de la realidad Peruana*, Venezuela, Fundación Biblioteca Ayacucho.

Martí, J. (2005), *Nuestra América*, Caracas, Biblioteca Ayacucho.

Muñoz, L. (1935), *La tragedia biológica del pueblo colombiana*, Cali, América.

Ortiz, F. (1978), *Contrapunteo cubano del tabaco y del azúcar*, Caracas, Biblioteca Ayacucho.

Pedraza, Z. (1996), “El debate eugenésico: una visión de la modernidad en Colombia”, en *Revista de Antropología y Arqueología*, vol IX, pp. 115 - 155

Pocock, J.G. A. (2001), “Historia intelectual un estado del arte”, en *Revista de historia intelectual Prismas*, núm 5, 145 – 173.

Pino, E. (1988), *Venezuela metida en cintura: 1900 – 1945*, Venezuela, Editorial Arte.

Real Academia de Española. Diccionario de la Lengua Española, [en línea], disponible en: <http://buscon.rae.es/drae/srv/search?val=sugesti%F3n>, recuperado: 15 de julio 2013

\_\_\_\_\_ Diccionario de la Lengua Española, [en línea], disponible en: <http://lema.rae.es/drae/srv/search?id=hUaA1gR9gDXX2e8nV2XJ> , recuperado: 15 de julio 2013

Restrepo, E. (2012), *Intervenciones en teoría cultural*, Popayán, Universidad del Cauca.

\_\_\_\_\_ (2004), *Teorías contemporáneas de la etnicidad Stuart Hall y Michel Foucault*, Popayán, Universidad del Cauca.

Rodó, J. (1993), *Ariel*, Venezuela, Biblioteca Ayacucho.

Sarmiento, D. (1999), “*Facundo*” [en línea], disponible en: [www.elalpeh.com](http://www.elalpeh.com), recuperado: 30 de julio 2013

Vallenilla Lanz, L. (1991) *Cesarismo democrático y otros ensayos*, Venezuela: Biblioteca Ayacucho.

Vasconcelos, J. (1948), *La raza cósmica*, Buenos Aires, Espasa-Calpe.

Zalamea, E. (2014) *4 años a bordo de mí mismo*, Bogotá, Libros editorial.

